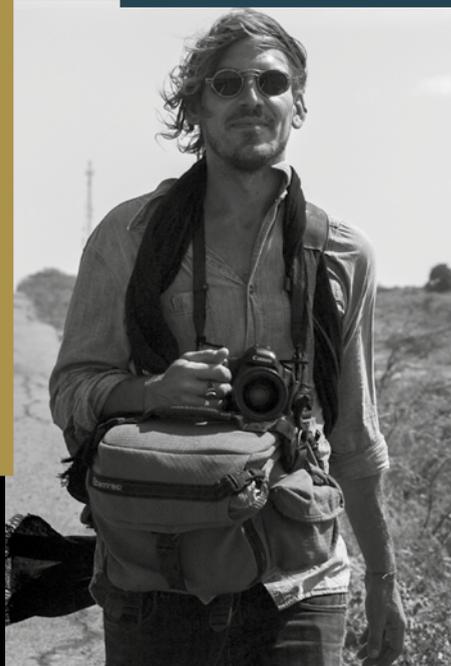


28
HISTORIAS
QUE INSPIRAN
A COLOMBIA



Migrante



UNIDAD ADMINISTRATIVA ESPECIAL
MIGRACIÓN COLOMBIA – UAEMC

28

**HISTORIAS
QUE INSPIRAN
A COLOMBIA**

Migrante

Migrante

Unidad Administrativa Especial Migración Colombia

Juan Francisco Espinosa
Director general Migración Colombia

Winston Andrés Martínez Acosta
Secretario general

Juan Camilo González Garzón
Jefe Oficina Asesora de Planeación

Leydi Andrea Martínez Gutiérrez
Coordinadora Grupo de Análisis
y Estrategia Internacional

**Organización Internacional para las
Migraciones — Misión en Colombia**
<https://colombia.iom.int>

Ana Durán-Salvatierra
Jefe de misión

Gerard Gómez
Jefe de misión adjunto

Alessia Schiavon
Directora de programas

Rigoberto Mesa
Coordinador del Programa E&ES

Equipo técnico OIM

Iván Felipe Jiménez
Coordinador adjunto
Programa E&ES

Francesca Fichera
Monitora de comunicaciones
Programa E&ES

Consejo editorial

Juan Camilo González Garzón
Jenny Katherine Carvajal Feria
Andrea López
Francesca Fichera
Fernando Cárdenas

Dirección editorial
Círculo Cuadrado SAS
www.circulocuadrado.co

Edición General
Fernando Cárdenas

Asesoría editorial
Julián Lineros
Alejandra Díaz

Redacción
Óscar Bustos
Laila Abu Shihab
David Mayorga
Mónica Parada
Alejandra Díaz

Corrección de estilo
Elkin Rivera

Fotografías
Ricardo Pinzón
Fabio Cuttica
Leo Queen
Edwin Barrios
Mario Cuevas

Diseño de portada
Orlando Valencia Sarmiento

Diseño y diagramación
Jairo Iván Orozco Arias
Orlando Valencia Sarmiento

Infografía
Jairo Iván Orozco Arias

Ilustración
Víctor Barrera

Impresión

La Imprenta Editores S.A.

ISBN libro impreso

978-958-52193-1-1

ISBN libro electrónico

978-958-52193-2-8

Primera edición

Abril de 2020

Bogotá, Colombia

© Migración Colombia

www.migracioncolombia.gov.co

Se autoriza la reproducción total o parcial de esta publicación para fines educativos u otros fines no comerciales, siempre que se cite la fuente.



Donación del Gobierno de los Estados Unidos.

Los hallazgos, interpretaciones y conclusiones expresadas en este libro, no reflejan necesariamente la visión de OIM o sus donantes.

28
HISTORIAS
QUE INSPIRAN
A COLOMBIA

Migrante

Con el apoyo financiero de:



**El futuro
es de todos**

**Gobierno
de Colombia**

Índice

10

Presentación

A cargo de Juan Francisco Espinosa, director de Migración Colombia.

12

Prólogo

A cargo de Juan Camilo González, jefe de la Oficina Asesora de Planeación

14

Infografía

Migrantes en la historia de Colombia

capítulo uno



Un compromiso social

Migrantes que se destacan en el país por su servicio a la comunidad.

24

Venezuela

Diego Armando Figueroa

Líder social

Texto: Alejandra Díaz

Fotografía: Leo Queen

28

Argentina

Miguel Ángel Converti

Profesor de fútbol

Texto: Laila Abu Shihab

Fotografía: Leo Queen

30

Corea del Sur

Kyong Duk Lee

Instructor coreano

Texto: Mónica Parada

Fotografía: Ricardo Pinzón

32

Irlanda

Wally Broderick

Asesor cervecero

Texto: Laila Abu Shihab

Fotografía: Archivo particular

18

Bélgica

Michael Boutsen

Director Jardín Botánico

La Macarena

Texto: Óscar Bustos

Fotografía: Leo Queen

34

Cuba

Rafael Iznaga

Entrenador de

boxeo cubano

Texto: Mónica Parada

Fotografía: Leo Queen

35

Chile

Gilberto Garín

Director fundación

Texto: Fernando Cárdenas

Fotografía: Leo Queen



capítulo dos



Una visión emprendedora

Migrantes que con su trabajo y visión aportan a la economía colombiana

42

Líbano

Gilbert Nassar

Comerciante libanés

Texto: David Mayorga

Fotografía: Ricardo Pinzón

48

Francia

Shopie Pontramier

Emprendedora francesa

Texto: Fernando Cárdenas

Fotografía: Fabio Cuttica

50

Marruecos

Abdel Berra

Experto digital marroquí

Texto: Alejandra Díaz

Fotografía: Leo Queen

52

Lituania

Israel Gontovnik

Farmacéutico lituano

Texto: Fernando Cárdenas

Fotografía: Fabio Cuttica

38

Brasil

José Antonio Rodríguez

Mecánico brasileño

Texto: Óscar Bustos

Fotografía: Edwin Barros

54

Venezuela

Sonia Pérez

Empresaria venezolana

Texto: Alejandra Díaz

Fotografía: Leo Queen

55

Estados Unidos

Rich Holman

Empresario estadounidense

Texto: Alejandra Díaz

Fotografía: Leo Queen



capítulo tres



Una inspiración cultural

Desde diferentes artes, unos migrantes aportan con su arte a una mejor comprensión de Colombia.

64

Suecia

Asa Hermanson

Cantante soprano
y artista sueca

Texto: Mónica Parada

Fotografía: archivo particular
— @kikebarona

68

Italia

Umberto Giangrandi

Artista italiano

Texto: Mónica Parada

Fotografía: Ricardo Pinzón

70

Estados Unidos

Karen Attman

Guía especializada

Texto: Fernando Cárdenas

Fotografía: Archivo particular

72

Rusia

Sergei Sichkov

Pianista ruso

Texto: Mónica Parada

Fotografía: Ricardo Pinzón

58

Cuba

Elena Cala

Maestra de ballet

Texto: David Mayorga

Fotografía: Ricardo Pinzón

74

Venezuela

Nubia Navarro

Ilustradora venezolana

Texto: Alejandra Díaz

Fotografía: Ricardo Pinzón

75

Italia

Nicolo Filippo

Fotógrafo italiano

Texto: Mónica Parada

Fotografía: Archivo particular



capítulo cuatro



78

Japón

Mari Asano

Gestora japonesa

Texto: Laila Abu Shihab

Fotografía: Leo Queen

Un aporte al conocimiento

Cómo unos migrantes comparten su intelectualidad para educar y construir país.

84

Estados Unidos

Tim Keppel

Escritor estadounidense

Texto: David Mayorga

Fotografía: Ricardo Pinzón

88

Inglaterra

Malcolm Deas

Académico inglés

Texto: Alejandra Díaz

Fotografía: Mario Cuevas

90

Uruguay

Fernanda Trías

Escritora uruguaya

Texto: Laila Abu Shihab

Fotografía: Archivo particular

92

Irlanda

Joe Broderick

Docente irlandés

Texto: Laila Abu Shihab

Fotografía: Leo Queen

94

España

Yamila Fakhouri

Escritora de animales

Texto: Fernando Cárdenas

Fotografía: Mauricio Riveros

95

Suiza

Julian Roth

Académico suizo

Texto: David Mayorga

Fotografía: Leo Queen

PRESENTACIÓN

El impacto del migrante



Por Juan Francisco Espinosa

Director general
de Migración Colombia

Cada vez que un oficial de Migración recibe un pasaporte extranjero, en algún paso fronterizo o en un gran aeropuerto, hay un ser humano que ingresa al país y que trae consigo un cúmulo de experiencias, un conocimiento heredado, un acervo de emociones.

Desde ese primer momento de contacto —muchas veces solo ligado a un tema de control y seguridad— se construyen unas relaciones que pueden durar años o toda una vida. En el caso colombiano, este papel de ser el receptor de una constante migración no ha sido algo tan frecuente a lo largo de su historia. En realidad, la migración en el país no se constituye en un hito en cuanto a políticas para gestionar los flujos de migrantes.

Hasta hace no mucho tiempo la proporción de población migrante no superaba el 0,2 % de la población nacional, según cifras de Migración Colombia, muy por debajo de nuestros vecinos, como Chile, Argentina, Uruguay y Perú. En esos países hubo en el pasado decisiones públicas que auspiciaron la llegada de foráneos, como el caso de los alemanes en el sur de Chile o de los italianos en el sur de Brasil. Los límites geográficos y políticos en las fronteras colombianas a lo largo de la historia de alguna forma promovieron el cierre a la visión de intercambios culturales. Y solo hoy se asoma un intercambio dinámico, como un factor acentuado por la coyuntura de flujos migratorios de países vecinos. Este in-

greso masivo hace eclipsar un análisis global del proceso migratorio que, en líneas generales, no ha sido de gran impacto en el país.

Lo cierto es que no existe en el mundo un país desarrollado que no tenga una historia migratoria importante. Los migrantes forman las grandes naciones. A veces la gente pierde la visión de este enfoque, y no alcanza a comprender que un grupo valioso de personas pueda aportar nuevas formas de trabajo, de cultura, de gastronomía y de globalización. En temas económicos y de emprendimiento, por ejemplo, no es posible dejar de lado a las comunidades japonesas que arribaron al Valle del Cauca con el proceso de la caña de azúcar, o el ingreso de población árabe en el desarrollo del comercio en el norte de Colombia. Solo por nombrar dos fenómenos.

A la riqueza propia de la diversidad quiere apostar esta obra editorial, en la que mediante la crónica y los retratos se muestran las vivencias de los migrantes que ya forman parte del quehacer colombiano desde diferentes áreas del saber. Sus historias personales sirven para entender de una mejor manera la cara de los primeros migrantes que

entraron por barcos y que huían de la guerra en Europa, o de los nuevos viajeros que pisan este suelo, por las oportunidades que brinda el país.

En el marco de la respuesta al fenómeno migratorio actual en Colombia, la Oficina de Poblaciones, Refugiados y Migración (PRM) del Departamento de Estado de los Estados Unidos, con el apoyo técnico de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), se ha sumado a los esfuerzos del Gobierno de Colombia a través del aporte financiero para la implementación de actividades priorizadas por el Plan Regional para la Respuesta a Refugiados y Migrantes en Colombia. Se destacan aquellas que visibilicen los aspectos positivos de la migración más allá de la respuesta humanitaria.

Este libro busca materializar la iniciativa de la Unidad Administrativa Especial Migración Colombia de compartir con el lector 28 historias de vida de migrantes que hacen vida en Colombia y han aportado desde sus vivencias al desarrollo de las comunidades donde residen, desde sus conocimientos, capacidades y experiencias en un país tan diverso como lo es Colombia. ◀

PRÓLOGO

Colombia, un país de migrantes

No es producto del azar que se haya creado esta obra editorial: un libro de crónicas testimoniales que expone la historia de 28 personajes que, desde diversas áreas y saberes, ilustran los distintos procesos de integración, asimilación y modos de vida de los migrantes en Colombia. Aunque sus pasados y sus países de origen pueden ser muy disímiles, en cada uno de ellos existe un aporte al dinamismo de la nación.

Hay lituanos, chilenos, ingleses, japoneses, venezolanos, marroquíes, españoles, entre otros.

Este libro tiene en cuenta que la migración es parte de la construcción histórica de los países. Es un componente que determina en gran medida la aceleración de factores como la economía y la distribución del territorio nacional. Estos acontecimientos de movilidad

permiten, por ejemplo, que se expanda el campo de acción lingüístico y de interacción en la sociedad. Las nuevas palabras se adaptan y se integran al vocabulario criollo. Este dinamismo produce unas prácticas sociales, políticas, culturales y económicas que generan, a su vez, una serie de rompimientos de las barreras invisibles en las costumbres.

Lo cierto es que la migración ha sido una constante del ser humano a lo largo de la historia. Así fue como se poblaron los distintos continentes y, en lo relativo a nosotros, así se desarrolló América, incluso antes de la llegada de los conquistadores españoles en 1492. Hoy, en pleno siglo XXI, estas migraciones forman parte fundamental de la agenda internacional, donde millones de personas son migrantes en el planeta. Según cifras de la OIM, el número de migrantes internacionales

(personas que residen en un país distinto al de su país de nacimiento) fue de 258 millones en todo el mundo en 2017. Se estima que entre estos hay 36,1 millones de niños, 150,3 millones de trabajadores y 4,4 millones de estudiantes.

Esta nueva realidad solo nos dice que la historia en el mundo nos ha hecho movilizarnos de un lugar a otro desde el principio de los días. La primera y la segunda guerra mundial —dos momentos álgidos en el siglo XX— fueron focos de migrantes en situación de riesgo que buscaron otra oportunidad en países cuyas condiciones les permitieran llevar una vida más tranquila (independientemente de la posición geográfica). Árabes, gitanos y judíos, entre otros, llegaron al continente americano, incluida Colombia, para hacer tránsito hacia Estados Unidos, o para instalarse en un nuevo hogar.

Pero a diferencia de otros países —como Estados Unidos o los vecinos del sur del continente—, en Colombia los flujos migratorios (desde 1920) se han visto alterados por las reformas administrativas que permitieron, facilitaron o disminuyeron el ingreso de extranjeros en el país. En palabras simples: no hubo una política consumada para atraer migrantes de otras naciones con privilegios o incentivos para poblar las regiones apartadas, como el Amazonas o los Llanos Orientales, cuestión que sí ocurrió en el sur de Brasil o en la Patagonia chilena.

Por más que en las primeras décadas del siglo XX llegaron personas a suelo colombiano que huían de la guerra en los campos europeos, y que alcanzaron a formar unas tímidas colonias en algunas ciudades, estos flujos no alcanzaron a ser una cifra relevante. Incluso, según datos del Gobierno Nacional, nunca superó el 1 % de la población local. La proporción de los migrantes en Colombia en relación con los colombianos en el extranjero no ha dejado de ser un accidente menor desde que hay un registro oficial. Así quedó plasmado en las cifras del censo de 2005: el número de extranjeros en Colombia era de 109.971, con una participación del 0,1 % del total.

Luego de dejar atrás años de problemas de seguridad en distintas regiones, esta realidad histórica se ha revertido en el último tiempo. De alguna forma, el país se asoma ahora como una posibilidad de sitio receptor, por sus condiciones sociales y económicas, y donde el sector de turismo también aporta un motor interesante para la llegada de foráneos. Según Migración Colombia, para diciembre de 2017 ingresaron 352.755 migrantes a las principales ciudades del país, como Bogotá, Cartagena, Medellín y Cali.

De seguro el recibir nuevos residentes en el país hará que las dinámicas laborales se muevan de acuerdo con el impacto que estos tengan. Su repercusión aumentará los indicadores de empleabilidad y expansión cultural. De igual forma, el hecho de que se generen procesos ingeniosos para la creación de empresa en el país por parte de extranjeros refleja el desarrollo de un capital humano superior, lleno de dinamismos económicos, tanto para los colombianos como para los nuevos miembros de la sociedad.

Es decir, que las repercusiones positivas de la interacción con extranjeros, hacen que se crezca cultural, social y laboralmente, pues las costumbres y

tradiciones con las que viene cada uno aportan a un tejido social que se sigue construyendo día a día con cada interacción. Actualmente, en el país tenemos la presencia de una migración venezolana que ha venido a Colombia en busca de nuevas oportunidades. La permanencia de ellos ha hecho que se generen cambios y unas dinámicas que muchas veces son incomprendidas por nuestra sociedad, que no tiene una tradición histórica de país receptor.

De cierto modo, en este libro se muestra que detrás de cada migrante hay historias que implican dejar atrás todo, pero también, historias de superación, una historia que muestra con todas sus letras que la migración es de diferentes partes, de muchas banderas. Y que cada uno, a su manera, aporta al país y hace que esté en constante avance. La construcción cultural es inmensa, las oportunidades de interacción constantes y la sed de relaciones es un gran aporte a la sociedad.

Por Juan Camilo González Garzón
Jefe de la Oficina Asesora de Planeación
Migración Colombia



Migrantes en la historia de Colombia

La migración en Colombia ha sido un proceso cambiante y con diferentes etapas. Sus causas, a lo largo de su historia, obedecen a diversas situaciones en los lugares de origen. Desde las posibilidades del nuevo territorio americano en los siglos tempranos de la Colonia hasta los flujos de los últimos dos años, los migrantes que llegan a Colombia lo hacen por distintas razones; entre ellas, la posibilidad de encontrar estabilidad en otros territorios.

Cualquiera que sea la causa de su decisión, este proceso genera un impacto positivo para la sociedad y el tejido social, en el que la difusión de conocimientos y divulgación de procesos creativos se mezclan de manera heterogénea y con una mirada hacia el futuro.

SIGLO XVI

Españoles

Este siglo se caracterizó por el ingreso de españoles, producto de la colonización, y un choque cultural de parte de europeos y judíos.

SIGLO XVII

Españoles / Ingleses Italianos / Africanos

Reducción de la población nativa. Envío de mano de obra africana e ingreso de migrantes de Italia y Reino Unido.

SIGLO XVIII

Franceses Ingleses / Africanos

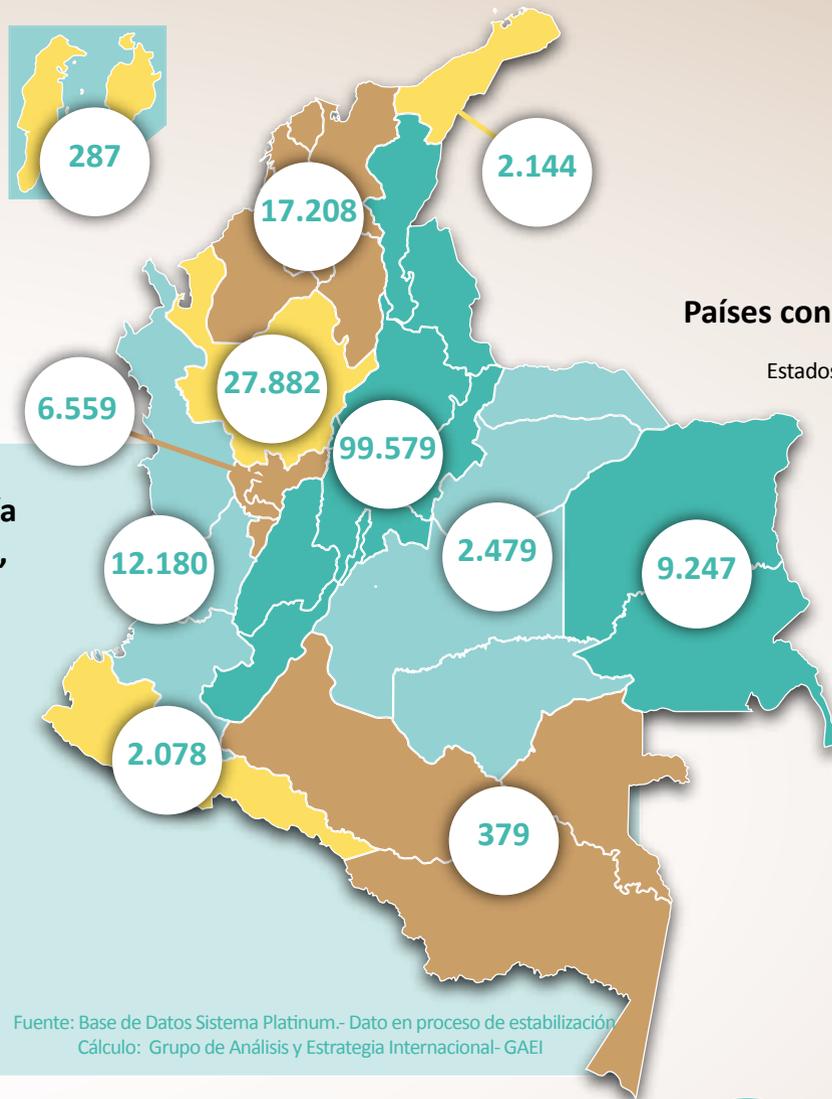
Para esa época, el 47.8 % de la población colombiana era española. Adicionalmente se recibieron migrantes de Francia, Reino Unido y Jamaica debido a la trata de personas en la ruta esclavista y pelea de San Andrés y Providencia.

SIGLO XIX

Palestinos / Libaneses Turcos / Judíos / Jamaica

La migración más importante fue la del Imperio turco otomano, pues alojó a palestinos, libaneses, sirios y turcos. Además, en esta época llegaron judíos y migrantes de Jamaica, Alemania, Italia y Norteamérica, debido a la necesidad de libertad religiosa e intercambio de comercio.

¿Dónde están los migrantes en Colombia?



Cédulas de extranjería expedidas por región, 2015-2020

Regional	Total C.E.
Amazonas	379
Andina	99.759
Antioquia	27.882
Caribe	17.208
Eje Cafetero	6.559
La Guajira	2.144
Nariño-Putumayo	2.078
Occidente	12.180
Oriente	9.247
Orinoquia	2.479
San Andrés Islas	287

Fuente: Base de Datos Sistema Platinum.- Dato en proceso de estabilización
Cálculo: Grupo de Análisis y Estrategia Internacional- GAEI

Durante el 2019 se registraron 4'515.932 de entradas de extranjeros al país.

2019

Países con mayor flujo de emigrantes



Fuente: Migración Colombia

SIGLO XX

Japón / Europa Judíos / Gitanos

Ingreso de migrantes de países como Japón, Francia, Europa, Sudamérica, Norteamérica, Asia y Europa, además de judíos y gitanos debido a persecuciones, guerras y tránsito a Estados Unidos.

SIGLO XXI

Perú / Ecuador Venezuela

La facilitación migratoria permite el ingreso de viajeros procedentes de países como Perú, Venezuela y Ecuador, y el aumento de flujos interregionales.

2015

Países vecinos / Estados Unidos

4.783.300 extranjeros ingresaron al país, principalmente provenientes de Suramérica y Norteamérica.

2016

5.335.477 extranjeros ingresaron al país, principalmente provenientes de Suramérica y Norteamérica.

2017

6.535.302 extranjeros ingresaron al país, principalmente provenientes de Suramérica y Norteamérica.

2018

4.151.565 extranjeros ingresaron al país. Principalmente provenientes sobre todo de Suramérica y Norteamérica.



Un compromiso. SOCIAL

Migrantes que se destacan en
el país por su servicio a la comunidad.

MA

*Michael Boutsen, director
Jardín Botánico La Macarena ▶*

El hombre de los árboles

Desde 2014, este belga trabaja ocho meses en el hospital de la ciudad de Geel, y el resto del tiempo cuida la selva de la sierra de La Macarena.



Michel
Bunde

Jardin Botánico
de la Macarena

e

En esas montañas del sur del país este europeo fundó una finca de 500 hectáreas con el único propósito de conservar los bosques, avistar las aves, pastorear las dantas y, tal vez, ver pasar como un relámpago a un venado cola blanca, atravesando esa llanura.

Michel registró su finca con el nombre de Jardín Botánico La Macarena, porque dice que en Colombia “cada pe-

dazo de selva, de bosque, es un jardín botánico”. Luego, se acercó a una oficina de la Unidad de Parques Nacionales Naturales e inscribió el predio como Reserva de la Sociedad Civil, una figura que permite integrar su finca en un plan de manejo ambiental.

Para hacer cada viaje de un lado al otro del planeta, Michel se traslada diez mil kilómetros, en varios vuelos

con escalas en Londres, Madrid, Bogotá y Villavicencio, y no está contento hasta sentir que el bosque húmedo tropical de La Macarena llena sus pulmones. Lo explica con fuerza, en un español todavía difícil: “Yo no tengo árboles, estoy con los árboles; yo no tengo tierra, estoy con la tierra, que me ha sido prestada. Mi pensamiento es preservar, no acabar. Estoy para servir, convivir y compartir”.



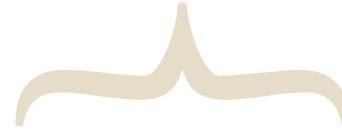
Michel llegó a Colombia como turista en 2011, por iniciativa de la madre de su hija colombiana. Antes de descubrir La Macarena recorrió gran parte del país, en sus costas y en sus islas, y dice que Gorgona lo cautivó, pero no tanto como la sierra de La Macarena. Porque vino a enamorarse de verdad fue aquí, un territorio que ha presentado problemas de seguridad y que solo vino a abrirse al turismo con la estabilización de la zona.

Él dice que fue una verdadera casualidad haber llegado al lugar con los primeros turistas: “Poco a poco me enamoré de la región, que es mucho más bonita que Caño Cristales, y estoy todavía aquí, dichoso de la vida, y puedo hablar de este paraíso una hora más si quiere”, reta al reportero.

Antes de emprender su primer viaje a Colombia, recorrió Bélgica y casi todos los países de Europa, fue a la China y también estuvo en varias regiones de Estados Unidos, simplemente buscando árboles. Michel se define como un hombre de árboles, un buscador de árboles, y cuando los encuentra se detiene ante ellos fascinado, los palpa, los abraza, como si fueran sus hermanos. En su Jardín Botánico, entre un morichal y otro, y



“YO NO TENGO ÁRBOLES, ESTOY CON LOS ÁRBOLES; YO NO TENGO TIERRA, ESTOY CON LA TIERRA, QUE ME HA SIDO PRESTADA”.



“USTEDES NO SE IMAGINAN, YO TAMPOCO, LAS VARIEDADES DE PECES QUE ESTÁN EN RIESGO, SI SEGUIMOS TALANDO, SI PERDEMOS LA BIODIVERSIDAD”.

entre un caño y otro, y acompañado por el científico Francisco Castro, ha registrado más de 1.100 especies de árboles y plantas nativos, de los que dice que representan más del 4 % de la biodiversidad botánica que se conoce en Colombia.

La finca tiene cedros, higuerones, tunos, maracos, quince variedades de guamos, lianas de curare, palmas de moriche, palmas milpecillas, matapalos, variedades de bejucos y árboles de asaí y pusuí, que producen unos frutos nutritivos y antioxidantes y hacen las delicias de los micos. En las aguas de los caños Morrocoy y La Virgen y en sus alrededores han podido registrar borugas, cachicamos, diferentes tipos de pirañas, ocho especies de monos, como los araguatos, aulladores y capuchinos, titíes de collar y variedades de ñeques, tintines, cusumbos y ardillas, que están a gusto aquí, mientras de las fincas vecinas llega el sonido de las motosierras que no dejan de talar los árboles. También los caños tienen peces, que Michel no deja de registrar.

“Ustedes no se imaginan, yo tampoco, las variedades de peces que están en riesgo, si seguimos talando, si perdemos la biodiversidad”, dice Michel con

el tono de una imploración. Entonces recuerda que en Bélgica no había árboles, tampoco en Holanda ni en los países del norte de Europa, a causa de fenómenos naturales que los desaparecieron hasta la franja con el Mediterráneo. Después de esta catástrofe, todo empezó de nuevo a crecer, pero los europeos debieron importar semillas para tener de nuevo una variedad de plantas, incluidas las medicinales.

Cuando Michel llega a Colombia siente que entra en otro mundo, porque la naturaleza es distinta a todo lo que ha conocido, aun estando en peligro de extinción y enfrentada a enemigos tan cotidianos en el país, como la tala de los bosques, las quemadas descontroladas y la explotación de minería ilegal. “Este es un territorio sin tregua para la gente, pues si no hay sociedad no hay ambiente y viceversa”,

dice preocupado por sus amigos de Parques Nacionales Naturales en el desempeño de su trabajo como protectores de los bosques.

Estar en su finca de La Macarena lo llena de energía, lo reconecta con lo natural, mientras otra vez llega la fecha del viaje de regreso a la ciudad de Geel, en Bélgica, donde por unos meses será nuevamente el jefe del servicio médico maxilofacial, donde trabaja casi de forma mecánica, porque su mente está en otra parte: en su Jardín Botánico de La Macarena, Colombia.

Allá, en su país natal, piensa que dejó abandonadas temporalmente a sus animales, un tapir y una danta, los que de seguro extrañarán al hombre alto y vigoroso como un árbol, que se les acercaba con sumo cuidado para ponerles una mano cariñosa en el lomo. ◀





KONE

ESPERANZA

TRANSFORMA

FEEL



Diego Armando Figueroa, líder social ▶

Un buen corazón en las comunas

Este venezolano llegó desde San Cristóbal a los barrios de Medellín para cambiar la situación de los migrantes y hacerla un poco más llevadera.

Sentía el temor de lo desconocido, pero la decisión de migrar ya estaba tomada. Ese sábado, el 7 de marzo del 2015, Diego Armando Figueroa llegó desde San Cristóbal (Venezuela) a una ciudad extraña buscando que la suerte cambiara.

Recuerda que para llegar a Medellín vendió su cadena de plata por algunos pesos colombianos. Era, técnicamente, como volver a nacer a sus 26 años. A pesar de que Colombia y Venezuela cobijan el mismo idioma y costumbres similares, las fronteras culturales significaban una complicación adicional ante el miedo al rechazo.

En honor a la verdad, a las cinco de la mañana de ese sábado se estacionó el bus en el Portal Norte de la ciudad antioqueña e inmediatamente recibió ayuda oficial. Así que se pudo ubicar sin mayores traumas en ese territorio desconocido, y eso fue una ventana con el viento fresco de la ciudad para saber que todo lo que vendría después sería mucho mejor de lo que dejaba atrás, en estos tiempos de agitación en su país de origen.

Su estreno laboral fue en una pizzería de barrio, aun sin saber preparar la masa y menos dominar el arte de



un horno. Aunque estuviese ocupado en el nuevo trabajo, la soledad lo agobiaba en las noches, razón que lo llevó a unirse a un grupo en redes sociales de venezolanos que se apoyaban entre sí. Términos como “bandeja paisa” o acciones como el preguntar por una dirección eran los temas de conversación entre no más de 600 a 900 migrantes que vivían en el valle de Aburrá. También, una habitación disponible o una oferta de empleo. Sorprendido por la cantidad de compatriotas que andaban en similares condiciones, Diego decidió citar a una reunión en el Pueblito Paisa.

Y en julio de 2015, varios venezolanos se juntaron en ese punto de la ciudad y él pudo palpar de primera mano las necesidades de las personas. Por eso





TÉRMINOS COMO “BANDEJA PAISA” O ACCIONES COMO EL PREGUNTAR POR UNA DIRECCIÓN, ERAN LOS TEMAS DE CONVERSACIÓN ENTRE NO MÁS DE 600 A 900 MIGRANTES QUE VIVÍAN EN EL VALLE DE ABURRÁ.

los líderes del movimiento espontáneo decidieron actuar: Tony Vitola, Arles Pereda y Diego tocaron la puerta en la Secretaría de Inclusión y allí esperaron pacientemente a que se abriera. El tiempo dio frutos que se convirtieron en una oficina, y la oficina en una gran red de apoyo.

La primera hazaña fue la donatón. “El evento, que empezó a las 10:10 a.m. en el parque del Poblado, inició con una mujer que llevaba pañales y leche”, cuenta Diego mientras siente cómo se le eriza la piel. “No me vas a creer, a las 12:00 m. ya teníamos casi que un camión lleno para enviar a Venezuela”, continúa.

Afortunadamente, la gente les tendió la mano y lograron recolectar alrededor

de 3.000 prendas usadas e incontables alimentos no perecederos.

Después de este evento se llevaron a cabo la siguiente donatón en la plaza de Bolívar, en el centro de Medellín, y una fiesta navideña, donde los venezolanos podían mostrar sus emprendimientos o productos para aumentar la red laboral.

Finalmente el crecimiento de sus acciones fue proporcional a sus necesidades, situación que los hizo llegar a regularizar su situación migratoria el 22 de agosto de 2018.

A raíz de su trabajo, la situación de los migrantes en Medellín era un poco más llevadera. La realidad es que la demanda superaba la oferta de ayudas que te-

nían disponibles y comenzaron a sentir el agobio de no poder llegar más allá. Su teléfono, comenta, no paraba de sonar. Miles de personas lo contactaban para ofrecer su colaboración y otros tantos, para pedirla. Sin dejar de lado su aporte, la vida de todos los líderes empezó a tomar rumbos enfocados en cubrir necesidades desde diferentes ámbitos: políticos, sociales y de ayuda.

Hoy en día cuenta con el apoyo adicional de nueve venezolanas, algunas cabeza de familia, que se suman a la difícil tarea de entregar lo mejor de su gastronomía a los colombianos. El concepto de vulnerabilidad no existe para Diego. Su misión sigue siendo clara: ayudar a la mayor cantidad de venezolanos posible, que en su mayoría viven en las comunas de Medellín. ◀





◀ *Miguel Ángel Converti, profesor de fútbol*

Los balones del Ringo

Corría el 9 de marzo de 1975 y el estadio El Campín estaba a reventar con 55.000 espectadores. “Perdíamos 1—0 con un golazo de Piñeros de Santa Fe, empató Maglioni de palomita y luego yo, casi al final del partido, hago el gol del triunfo después de que Wellington Ortiz me mandó un centro y de media chalaca logro vencer a Luis Gerónimo López. Ese gol marcó mi carrera”.

La memoria de Miguel Ángel "El Ringo" Converti es envidiable, prodigiosa. Nacido en Argentina en 1949 es una leyenda viva del fútbol colombiano, un goleador nato que castigaba sin piedad

con la zurda y que se hizo famoso por sus goles espectaculares y temerarios, porque la mayoría fueron de chalaca o chilena. En total, Converti metió 85 goles en Colombia, jugando con Millonarios, con el Júnior y con Santa Fe.

Hoy, "El Ringo" Converti vive entre Bogotá y Barranquilla, donde creó la Academia Colombo-Argentina Fútbol Club, para que los jóvenes encuentren en el fútbol una forma de alejarse de los problemas y las adicciones. “Yo soy un agradecido con el pueblo colombiano, a mí acá me trataron como nunca lo hicieron en otro sitio. Por eso decidí quedarme”. ◀

Kyong Duk Lee, instructor coreano ►

El primer gran maestro

En marzo de 1967 aterrizó en el aeropuerto El Dorado un coreano de 31 años. Traía 24 dólares en el bolsillo; dos maletas (una con libros y otra con ropa) y el conocimiento de un arte marcial que el país ignoraba y que, gracias a él, hoy es practicado por más de 200.000 personas.

Así llegó el taekwondo a Colombia. Con una cátedra que duró un año en la Universidad de las Américas y la aparición de una academia en la sala del modesto apartamento que el maestro Kyong Duk Lee tomó en arriendo en la avenida Caracas con calle 18, en el centro de Bogotá. En ese pequeño espacio comenzó enseñando a cuatro estudiantes. Esa época de recién llegado no fue fácil: mientras andaba en bus y con los zapatos agujereados, promocionaba el “karate coreano”, pues aquí a nadie le sonaba la palabra taekwondo. “Es un camino, no solo ganar medallas”, dice el maestro para explicar esa filosofía.

Tras su año como profesor de educación especial, Kyong saltó a entrenar a los cadetes de la escuela José María Córdova y, en 1971, ayudó en la apertura de la embajada de Corea en Colombia, de la que se volvió parte del cuerpo diplomático como agregado comercial desde 1973 hasta 1978. También ayudó a establecer y operar una de las inversiones de ese gobierno, una fábrica de hilo de seda de la que fue subgerente. A su larga lista de oficios se suma haber sido corresponsal de prensa para los diarios coreanos, acortando la distancia entre estas dos naciones a través de las noticias.

El español lo aprendió como pudo: escribiendo las conjugaciones verbales y pegándolas en el techo sobre su cama, para repetirlas cada noche. Grabó las clases que tomó de posgrado en política en la Universidad de Los Andes, literatura en la Javeriana y comercio en la Tadeo Lozano, para luego transcribir-

las y estudiarlas, diccionario en mano. Pero su paso por la academia también fue como docente sobre asuntos de Asia en el Rosario y el Externado de Colombia, y actualmente como director del Centro de Estudios Regionales Estratégicos de la Facultad de Política de la Sergio Arboleda.

Sus antiguos alumnos se dispersaron y montaron las escuelas de taekwondo que están activas en el país. Hoy suman 32 ligas y él mismo lidera una en la carrera 15A con 125 en Bogotá, aunque por su edad ya no practica. Tiene, en honor a él, el torneo Gran Maestro, que se realiza cada año desde que el taekwondo cumplió 40 años de su fundación y sigue trabajando por una enseñanza que no olvide la categoría de arte marcial, de formación filosófica, mental y física: “Taekwondo es camino de la vida por entrenamiento de puño y patada. *Taek* es patada, *wo* es puño y *do* es camino”, explica en sus clases. ◀





◀ *Wally Broderick, asesor cervecero*

La bebida del profesor

Habría podido quedarse a vivir en Irlanda (país del que tiene la nacionalidad) o en Inglaterra, donde estudió tecnología de productos forestales y vivió durante casi diez años. “Pero sentía una especie de obligación moral de ser parte de la lucha por mejorar las condiciones de vida en Colombia”, asegura este bogotano e irlandés de 46 años.

Hace unos años se tomó una cerveza deliciosa y de gran calidad, hecha por un amigo extranjero en la cocina de su casa. “Quedé impresionado. Me puse a hacer cuentas y con lo que gastaba tomando cerveza industrial de calidad mediocre podía hacer cerveza yo mismo. Le pedí a un amigo que me enseñara, cociné con él tres veces y luego, a punta de tutoriales y de muchas prue-

bas, adquirí la confianza suficiente para decir que soy fabricante de cerveza”. Tras ese proceso se reencontró con un viejo amigo de la infancia, con quien estudió en el colegio y que militó en un grupo armado ilegal; este amigo se convirtió en uno de los líderes del espacio de reincorporación de Icononzo.

El proyecto inicial era enseñarles inglés a los excombatientes, pero la burocracia y la falta de apoyo dificultaron el proceso; entonces, un día, Wally les propuso enseñarles a hacer cerveza. “Claro, eso les resultó más divertido”, recuerda entre risas. Comenzaron con un taller sencillo en octubre del 2018. Cada uno de los asistentes aportó 20.000 pesos para cubrir los insumos básicos. Esa primera producción se vendió y reinvertieron

el excedente. Al principio producían 25 litros mensuales y hoy producen 2.800 litros. En redes sociales reciben decenas de pedidos en varias ciudades de Colombia y ya no dan abasto.

“Ha sido muy bonito ver el proceso. Con cada cocinada de cerveza se crece un poquito. Ellos formaron una asociación sin ánimo de lucro, un modelo muy interesante, diseñado para crear empleo y para que los excedentes se inviertan en la comunidad. Gracias a eso ya pintaron la escuela y arreglaron parte de la carretera. Es de los pocos proyectos de reincorporación que realmente están funcionando. Es muy lindo ver cómo a algunas personas les ha cambiado la vida con esto”, dice orgulloso Wally. ◀



Rafael Iznaga, entrenador de boxeo cubano

Los puños son de oro

Rafael aterrizó en el país con una misión que, dice ahora con el tiempo, era más una hazaña para un mago que para un entrenador: llevar el equipo de boxeo bogotano al primer lugar de unos Juegos Nacionales, con apenas un año de trabajo. Aceptó el reto en 2003 y los dejó terceros. Pero decidió quedarse a vivir y entregar sus enseñanzas en Bogotá. Y vinieron

los grandes logros (cinco primeros lugares, tres segundos y el liderato en otras categorías). Con el tiempo, su trabajo en ese gimnasio fue reconocido y lo llevó a que le encargaran la preparación de la Selección Colombia para los Olímpicos de Río 2016, en los que logró, con Yuberjen Martínez, llevar al boxeo colombiano a su primera final olímpica.

A sus logros, Rafael sumó una medalla de plata y un trabajo intenso que espera poder terminar en Tokio 2020, para coronar el oro y que retumbe el *oh, gloria inmarcesible*. “Ya eché raíces en Colombia. Ya este país está muy dentro de mí”, cuenta, refiriéndose a sus hijos, al tiempo que añade: “Yo me considero bogotano”, mientras camina cerca del ring. ◀



Gilberto Garín, director de fundación

La diplomacia del fútbol

Un chileno que viva en Colombia tiene que conocer al “viejo”. Así le dicen a Gilberto Garín. En tono más irónico lo reconocen como el “embajador”, ya que desde las fiestas patrias que se celebran cada 18 de septiembre hasta la ayuda a un compatriota en desgracia, este extranjero es el que lidera las causas. Por algo desde que llegó hace 35 años, cuando salió de su Chile natal exiliado con su esposa, una periodista, este personaje ha intentado unir a sus dos naciones.

Con ese mismo espíritu, hoy organiza una copa diplomática de fútbol por medio de su Fundación Naciones, un torneo que partió hace 10 años y donde todos los fines de semana juegan 16 equipos de fútbol, entre diplomáticos, recién llegados y residentes. Este espacio se convirtió en un pequeño hogar para los extranjeros que llegan a Colombia. Y no solo se trata de fútbol. “Es un encuentro de todas las culturas y nos ayudamos entre todos”, dice al borde de la cancha. ◀

The background of the page is a solid dark teal color. Overlaid on this background are several white line-art portraits of diverse individuals, including men and women of various ethnicities and ages, some wearing hats or glasses. The portraits are arranged in a cluster, with some overlapping others, creating a sense of a community or group of people.

Una. visión emprendedora

Migrantes que con su trabajo
y visión aportan a la economía colombiana

er





◀ *José A. Rodríguez, mecánico brasileño*

El motor del río Amazonas

Cualquier visitante que haya navegado en el gran Amazonas ha escuchado del oficio del Gaucho, quien ha sido por décadas el reparador de motores de barcos más conocido en todo el departamento.

Pocos saben que su nombre de pila es José Antonio Rodríguez, pero muchos conocen su gusto por el tango, por la ropa negra y las botas tejanas. Su aventura comenzó hace cincuenta y cinco años cerca de Manaus (Brasil), en Coari, su lugar de origen, cuando teniendo solo doce decidió acompañar a su hermano Laetse, quien se vino hasta Colombia siguiendo el curso del río Yacurá, en una lancha que administraba.

Laetse se detenía en todos los case-ríos indígenas y comerciaba con los ribereños, ofreciéndoles productos al menudeo. En La Pedrera, municipio colombiano, pasaron una semana. Al regresar a su natal Coari, José Antonio no dejaba de pensar en ese viaje y en las personas que había conocido. Aunque no sabía una sola palabra del idioma castellano, recuerda que le gustó el modo de ser de los colombianos y que solo pensaba en regresar. “Yo era un peladito. Me gustó la gente y me dije: ‘Yo tengo que conocer más a Colombia’”, cuenta en un español que después aprendió a la brava en las orillas de los ríos y que en su parla aún conserva los ecos nasales de la lengua portuguesa. Su familia era numerosa, y sus padres, de origen campesino, trabajaban con esfuerzo para darles estudio a sus ocho hijos.

“CUANDO UNA PERSONA NACE PA TAL COSA, SI CAMBIA DE RUTA NO LE VA A IR BIEN. YO MIRABA LOS MOTORES Y ME ENAMORÉ DE ELLOS”.

Pero José Antonio, criado en las lanchas que administraba su padre, y ya acostumbrado a viajar en los ríos del estado de Amazonas —en Brasil— durante semanas enteras, se negó a ir a la escuela. “No estudié, no quería pedirle ningún centavo a mi amado padre. Fui la oveja negra de la familia”, dice, nostálgico. Tempranamente supo que ninguna escuela le daría lo que le daban aquellos paisajes por los que navegaba fascinado: el lago del río Coari Grande, vecino de su pueblo natal y más ancho que el río Amazonas, o los ríos Urucú y Yapurá, que recorría viajando con sus hermanos. “En esos ríos yo solo miraba agua y cielo”, rememora, hechizado, y repite: “Agua y cielo”.



Nostálgico por los recuerdos de su primer viaje a La Pedrera, cuando cumplió diecisiete años subió a una lancha que se dirigía a Colombia, para volver a ver las tierras con las que soñaba y, sobre todo, a las gentes de ese otro país, las que le parecieron tan sencillas y que hablaban una lengua tan extraña. Durante el viaje, otra vez por el río Yacurá, no le quitó el ojo al motorista,

porque lo intrigaba ver cómo era que el motor del bote lo impulsaba sobre las aguas revueltas del río. Una vez, cuando la lancha de pasajeros se detuvo en medio de las aguas, bajo un fuerte aguacero, José Antonio sintió cómo el motor daba como estornudos y luego “arranconazos”, y vio que el motorista lo apagó y con sus propias manos sacó las hélices a la superficie

y las despojó de una masa de ramas, palos y otros vegetales. Enseguida, el motorista quitó la empaquetadura al motor y permitió, mientras lo desmontaba, que José Antonio le recibiera una pieza tras otra.

Tal vez fue en ese instante, ante las entrañas desnudas del motor, cuando José Antonio sintió que su vida estaría en adelante unida a aquellas máquinas. “Cuando una persona nace para tal cosa, si cambia de ruta no le va a ir bien. Yo miraba los motores y me enamoré de ellos. Cuando empecé a trabajar como motorista yo era el hombre más feliz de la vida abriendo un motor. Me gustaba manejar, desmontar, arreglar un motor, esa era la felicidad mía”, dice otra vez, sin que queden dudas de su español aportuguesado. Volvió a caminar por los senderos de La Pedrera, municipio del que recuerda que tenía un internado, pero él quería entrar más a Colombia y entonces en el siguiente viaje llegó a Leticia, donde tuvo varios trabajos. “Me quedé en Leticia, no podía comunicarme bien, pero ya no quería irme. Regresé otra vez a Coari, pero tan pronto cumplí los dieciocho años volví a emprender otro viaje aventurero. Cuando uno trabaja bien, todo el mundo le da trabajo a uno”, recuerda.





Estuvo trabajando en labores del campo durante cinco años, pero no desaprovechaba ninguna oportunidad para viajar en las lanchas que iban y volvían por las aguas del río Amazonas. Pronto supo que su destino estaba marcado y que para siempre sería un hombre de río. Con un socio peruano administró una lancha que se dedicaba a trasladar extranjeros por el río, en aquella primera ola de visitantes amazónicos, los que venían de muchos rincones del planeta.

Estando en una lancha, al paso por Puerto Nariño, en el Amazonas colombiano, de pronto una mujer lo flechó.

Se llamaba Maritza Ferreira Rojas, hija de padre brasilero y madre colombiana, con la que empezó una relación sentimental. “El amor no está escrito en ningún libro —dice, sentencioso—. Lo que es, es; lo que no es, no es”. Si bien con el paso de los años tuvieron que separarse, ella es la madre de sus cuatro hijos, a quienes ama con el alma. Ellos son Ruth Magdalena, Marileth Fernanda, Walt de Francisco y Beatriz Maritza, quienes le dieron diez nietos. Hoy, a sus sesenta y ocho años, el Gaucho brasilero vive con su hija Marileth y con los nietos que esta le ha dado, en la casa de madera que él mandó hacer en Puerto Nariño, el

pueblo de indígenas ticunas donde finalmente se quedó.

Aquí ha reparado centenares de motores, de pequeñas y grandes embarcaciones, cuyos capitanes lo buscan porque saben que el Gaucho brasilero conoce todos los secretos del oficio. No ha vuelto a Brasil desde hace treinta años, cuando fallecieron, uno detrás del otro, sus padres, Francisco y Raimunda. Pero las voces del río le han comentado que sus hermanos están bien y que alguno es dueño de una flotilla de remolcadores y de bongos, en los que transporta petróleo crudo a Petrobrás.



“ME GUSTABA
MANEJAR,
DESMONTAR,
ARREGLAR UN
MOTOR, ESA ERA
LA FELICIDAD
MÍA”.

Cuando en los diciembre se pone nostálgico, se viste de negro como los Visconti, los intérpretes argentinos de la música folclórica de ese país que tanto le gustan, y sale a departir con sus amigos en las tabernas de Puerto Nariño. Nunca lo dejan beber una cerveza completa, porque vienen las voces de que lo buscan en el puerto, para que repare un motor de una embarcación que lleva como pasajeros a un grupo de extranjeros. Entonces él promete volver, y, como es tan experto en su oficio, generalmente no se demora, pues quiere conversar con sus amigos del alma. ◀



Gilbert Nassar, comerciante libanés ▶

La huella del buen servicio

Libanés de nacimiento y colombiano de corazón, este microempresario se destaca en Cali por el trabajo recio, la buena atención y la unión familiar.





aquel día, Gilbert Nassar abrió el periódico. Pasó de largo por la sección de deportes y la cartelera de cine para concentrarse en los anuncios clasificados. Miró por encima los avisos de arriendos y ventas de casa, al igual que las ofertas de empleo, para detenerse en las ventas de autos. Seleccionó un par, tomó nota y luego avanzó hasta las publicaciones de gente que buscaba una compra a buen precio. Después cogió el teléfono, acordó una cita e hizo planes.

“Relacioné a ambos señores e hice la venta”, recuerda hoy con una sonrisa. De aquella, su primera transacción, le quedaron 500 dólares, una pequeña fortuna que no tardó en poner a producir: “Era mucha plata... Y esa ganancia se invirtió para seguir vendiendo”.

Por ese entonces era muy joven y trabajaba en la tienda de su padre que tenía en el distrito de Ashrafieh, en su natal Beirut, en el Líbano. Era un niño inquieto, que analizaba todo tipo de aparatos y al que le gustaba arreglar cosas: desde la lavadora de una vecina hasta la plancha de una tía. También ayudaba en el negocio familiar, repitiendo lo mismo que habían hecho sus padres, sus abuelos, los padres de sus abuelos y todos aquellos que a lo largo de la historia han habitado

aquellas tierras de Oriente Medio donde alguna vez se alzó el pueblo fenicio, al que la historia ha reconocido como inventor de la navegación y del intercambio de bienes.

“El comercio va en el ADN. Dicen que la Luna es la única parte donde no hay libaneses porque todavía no hay comercio”, asegura hoy a medio mundo de distancia. Si bien en el Líbano aprendió las claves de su destino, fue en Cali donde lo puso en práctica. La capital del Valle del Cauca había acogido a su familia a finales del siglo XX, y lo recibió a él y a sus padres cuando escapaban de la guerra civil. Ha sido su hogar y un mundo de oportunidades.

Por los pasillos del centro comercial Calles de Oro, en pleno centro de Cali, se sabe que el apellido Nassar está vinculado estrechamente a la venta de calzado. Desde que el primer tío de su mamá puso un pie en estas tierras, la familia se ha erigido siguiendo dos secretos: el trabajo arduo y la buena atención.

“La razón de ser de los seres humanos es atender al otro, servirle. Que cualquier cosa que hagas en tu profesión, sea de beneficio para otros”. Y así lo cree este ingeniero electrónico que en 2014, tras haber trabajado como consultor en Carvajal, decidió construir su propio sueño apoyado en la tradición familiar. En Calles de Oro, el mismo





ESE SELLO FAMILIAR LO IMPRIME EN LAS INSTALACIONES DE DIANA TORO, LA FIRMA DE ROPA FEMENINA FUNDADA POR SU ESPOSA, DISEÑADORA DE MODAS, QUE SE DEDICA A VESTIR AL PERSONAL DE RECONOCIDAS EMPRESAS.

lugar donde su familia se abrió paso, instaló Koxs Shoe Store, su propia marca de calzado para dama, desde la cual concibe diseños únicos y los trabaja con material de primera calidad. Además del Valle del Cauca, su producto ha conquistado el gusto de clientes en el Eje Cafetero, Nariño, Chocó, Bogotá, e incluso en Ecuador, España e Italia.

Ese mismo sello personal y familiar lo imprime todos los días en las instalaciones de Diana Toro, la firma de ropa femenina fundada por su esposa, diseñadora de modas caldense, que se dedica a vestir al personal administrativo femenino de empresas como Serfinco, Skandia, el Banco de la República, Eternit y Asocaña. “Si, por ejemplo, una empresa tiene 500 personas, a cada una de ellas le tomamos medidas y le confeccionamos su traje uno a uno”, comenta. El encargarse de las labores gerenciales le ha permitido a su esposa dedicarse a definir, apuntalar y afinar los detalles de cada prenda.

Trabajo y servicio, esa es una parte del éxito. La otra se ve en cada rincón de su oficina, decorada con fotos familiares, detalles del Líbano, frases escritas en árabe: “Ese tema, el servir, es el que une a las familias”. ◀



◀ *Sophie Pontramier, emprendedora francesa*

La enseñanza significa compartir

¿Qué une a un profesor de surf, a una chef de un restaurante y a un joven profesor de soldadura? Sin contar que estos personajes viven en el pueblo caribeño de Palomino, los tres han pasado por el aprendizaje de Casa Cocotte, un espacio cultural creado y liderado por la francesa Sophie Pontramier en La Guajira. Hasta ese lugar llegan todos los días una decena de locales y extranjeros que necesitan ampliar sus horizontes del conocimiento.

Esta historia tiene su origen cuando Sophie vino a buscar su destino a Suramérica hace varios años. Pasó por las montañas de Ecuador y siguió por el camino del Inca. Estuvo una temporada en los bosques patagónicos hasta que conoció la Sierra Nevada de Santa Marta, el río Palomino y el mar Caribe. Y fue aquí donde echó raíces y pudo dejar atrás su trabajo parisino en *marketing* y publicidad.

Su idea de levantar un espacio para la educación de los locales, en el pueblo guajiro de Palomino, se hizo realidad en el 2019. “Aprender, compartir e intercambiar son nuestros valores”, dice esta francesa para explicar el proyecto que ya es una realidad autosostenible.

“Tenía miedo de que nadie entrara”, recuerda, pero poco a poco se han ido acercando las personas con ganas de aprender otros idiomas, las técnicas de cocina o las labores en un hotel. “Puede ser cualquier curso o un saber que la gente quiera compartir”. Ya hay talleres de música, de lectura, fotografía, de diseño y de cocina, entre otros.

“Cocotte” significa el canto del gallo en francés, como sus orígenes y el ícono de ese país europeo. Y es un código que ella maneja con su amiga de aventuras, con quien descubrió la magia del lugar. “Es un homenaje a

ella”, explica. Para algunos lugareños este sitio era una “idea loca” de una francesa de ojos azules, pero con el tiempo entendieron que es una apuesta para el bienestar de las personas en un caserío con carencias de educación y trabajo. Ya tiene 47 estudiantes en su escuela y ella sonríe.

Entre ellos están el profesor de surf que quiere aprender francés; Leidy, una madre soltera que aprendió las técnicas de cocina, y otros que aprenden los secretos de la soldadura. Sophie tiene sueños para crecer, para llegar a las comunidades indígenas de la montaña y para abrir otras casas en la costa.

Ella no se olvida del encanto del lugar. Una mañana camina por la inmensidad de la playa o por las laderas de la sierra. Son momentos de conexión con el trópico, al mismo tiempo que recibe a nuevos visitantes en su casa. ◀

Abdel Berra, experto digital marroquí ►

El mentor digital

a Apoyar a los pequeños empresarios, por medio de cursos en la sede de Chapinero de la Cámara de Comercio de Bogotá, es una de las grandes satisfacciones de Abdel desde su llegada a Colombia. Los asistentes, consultores de la Cámara, se encargan posteriormente de transmitir esas soluciones prácticas para ventas *online*. Desde su experiencia en Estados Unidos, este marroquí brinda las técnicas de *marketing* digital para enfrentar de buena forma el mercado. Y así también con los clientes de la empresa Mosako Digital, su emprendimiento digital en el país.

La decisión de venir a Colombia no fue fortuita. Abdel Berra decidió mudarse de Atlanta, en Estados Unidos, a Bogotá

en 2015, luego de que su esposa colombiana regresara a su tierra natal por una oferta laboral. Para estar cerca de su familia, ahora compuesta de su esposa y dos hijos —uno estadounidense y el otro bogotano—, él dejó atrás el “sueño americano”. Su español era básico, pero de todas formas pudo iniciar su carrera laboral en una pequeña empresa y luego emprendió su camino en solitario.

Hoy habla mucho más fluido el idioma y día a día promueve los avances digitales en las empresas desde la consultoría y los talleres a esos emprendedores que aplauden su conocimiento. “De estos procesos siempre hay gente que se beneficia del camino digital”, dice. ◀









◀ *Israel Gontovnik, farmacéutico lituano*

Las fórmulas del boticario

En época de vacaciones, el muelle de Puerto Colombia no es más que una de las postales típicas del Caribe. Pero para miles de europeos, en especial en la primera mitad del siglo XX, fue la puerta de entrada a un país desconocido y exótico, después de huir de los tambores de la guerra. Así, tal cual, llegó el pequeño Israel Gontovnik con sus hermanos y su mamá desde Lituania, en 1934. Su padre, don Salomón, había arribado dos años antes, y gracias a la ayuda de los miembros de la comunidad judía que ya estaba establecida en el país, lograron acomodarse y emprender de nuevo el camino.

Luego de varios intentos en el interior del país, se ubicaron en Barranquilla. El joven Israel pudo estudiar Farma-

céutica en la Universidad Nacional de Colombia, en Bogotá, y después levantar la farmacia Unión, en pleno centro de la capital del Atlántico, en la carrera 40 con calle 37. Todavía es, de lejos, la más emblemática de la ciudad.

“Tengo las recetas magistrales en un libro”, dice don Israel, mientras canta un bolero al lado de su hija que heredó las riendas de un negocio que ofrece medicinas para combatir dolores, afecciones a la piel o los hongos. A sus 96 años, él todavía trabaja en esa farmacia con ventiladores y estantes repletos de frascos y cremas. Detrás del mesón, Israel y su ayudante preparan esos menjurjes curativos que tienen fama en la ciudad y el respeto de sus clientes de toda la vida. ◀



Sonia Pérez, empresaria venezolana

Arepas rodantes de Medellín

El éxodo se hizo costumbre. Algunos de sus vecinos lo hicieron con anterioridad desde las montañas de Mérida (Venezuela). Así que Sonia Pérez se atrevió a llegar a Colombia con dos maletas llenas de productos para vender al menudeo. “Sellé el pasaporte con cierta incertidumbre de qué iba a pasar, porque mis tres hijos y mi esposo se quedaron allá”, afirma.

Desde ese día, el 15 de febrero del 2014, su destino era Medellín. Una tarde cualquiera, después de ver que su negocio de venta móvil había disminuido, con 600.000 pesos en el bolsillo, Sonia compró un carrito, una pipeta, un pedazo de carne y algo de harina. Lo necesario para cocinar las arepas de esa tierra. Aprovechó entonces sus instintos gastronómicos y con el favor económico de un extraño que le prestó un dinero, decidió compartir su sazón en una calle de Laureles en Medellín. Después, todo mejoró. Una pequeña habitación se convirtió en un local, el local en piso y el piso en casa. Hoy, seis años después, Sonia sonríe en la capital de Antioquia, emplea a doce colombianos y tiene un camión restaurante que rueda por toda la ciudad. ◀

Rich Holman, empresario estadounidense

El tesoro de los turistas

Con una mezcla entre español e inglés, Rich Holman afirma que Medellín era el “secreto mejor guardado del mundo”. La capital de Antioquia cambió su idea de Colombia en 2006, cuando la visitó por primera vez: “Uno encuentra mucha diversidad, cultura, gente, buen clima y estilo de vida”. Este estadounidense se ingenió una forma para cambiar las percepciones de este territorio en el extranjero por medio de un concepto novedoso: una ciudad de experiencias. El tesoro encontrado debía ser conocido. Su tarea implicaba hospedarse temporalmente y él buscaba un espacio adecuado y de lujo que no encontró. “¿Quién se ocupará de los extranjeros para ayudarlos con sus necesidades inmobiliarias?”, se preguntó.

Así nació LifeAfar, una plataforma con alojamientos amoblados para extranjeros que ofrece una vista única de Medellín. Un emprendimiento que emplea a 110 personas, entre esas 100 colombianos, con oficinas en Medellín, Cartagena, Bogotá y Cali, y que está a cargo de un estadounidense que ama Colombia y que tiene una gran visión de negocios. ◀



Capítulo tres



Una inspiración cultural

Desde diferentes artes, estos migrantes aportan a una mejor comprensión de Colombia.



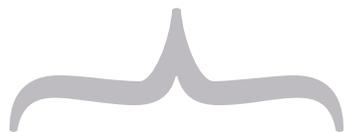
Elena Cala, maestra de ballet ▶

Los pasos de una bailarina

Luego de dos décadas en el Valle del Cauca, esta maestra cubana de ballet ha formado a diversas generaciones de bailarines profesionales.



Y fue allí, sobre el escenario, donde Elena Cala entendió que su trabajo no estaba completo. Se lo decían los aplausos del público, las luces que caían sobre sus pupilos, la alegría que expresaban en la cara, las lágrimas de emoción de los padres... Los abrazos con sus estudiantes, que habían venido de Cali a La Habana para participar en un encuentro internacional de ballet en 2004, y ahora eran ovacionados como los mejores, le dieron la razón: debía persistir. Debía seguir con sus clases en Colombia, ese país lejano mas no extraño. Debía continuar formando a los mejores bailarines con los escasos recursos de la escuela. Y debía estirar aún más ese “hasta pronto” que les había dado a sus familiares y amigos.



**“INICIALMENTE
IBA A VENIR POR
UN AÑO, LUEGO
FUERON DOS... Y
YA LLEVO CASI
VEINTE”.**

“Inicialmente iba a venir por un año, luego fueron dos... y ya llevo casi veinte”, reconoce Elena Cala Sagué, cubana, maestra de ballet, formadora de talentos. Lo reconoce sentada en su oficina del Instituto Colombiano de Ballet Clásico (Incolballet) a las

afueras de Cali, la única escuela en el país dedicada a la enseñanza profesional de este arte con apoyo público. Además de sus clases, forma parte del equipo artístico y directivo de la Compañía Colombiana de Ballet, la cual ha recorrido el mundo mostran-

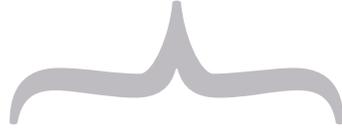




do el talento que se forma en las aulas de la escuela, rodeadas de inmensos árboles y vigiladas por el sonido de las chicharras.

A esta ciudad llegó Cala en el año 2000 por recomendación de un colega. Ella, que desde su adolescencia ha pertenecido a la Escuela Nacional de Ballet de Cuba, formaba parte de las misiones internacionales de bailarines que la isla mantiene con el mundo para enseñar el estilo cubano, creado por los míticos bailarines Alicia y Fernando Alonso en los primeros años de la revolución, para darles una identidad latinoamericana a los pasos de la danza clásica.

Ella, que de niña aprendió las bases del ballet en Bulgaria y se especializó en metodología de la enseñanza en La Habana, había llevado su saber por los escenarios de Italia y Paraguay. Pero fue en Colombia, en Cali, en Incolballet, donde se dio cuenta de que su trabajo iría más allá: “Aquí cuesta mucho trabajo hacer el arte porque no hay una política cultural. Eso fue lo que más me aferró”, cuenta mientras sus ojos azules se iluminan. “El romanticismo de la revolución me lo traje para acá”.



**“AQUÍ HABÍA MUCHO TALENTO,
PERO FALTABA EL IMPULSO,
DEMOSTRARLES A ELLOS MISMOS DE
LO QUE ERAN CAPACES DE HACER”.**

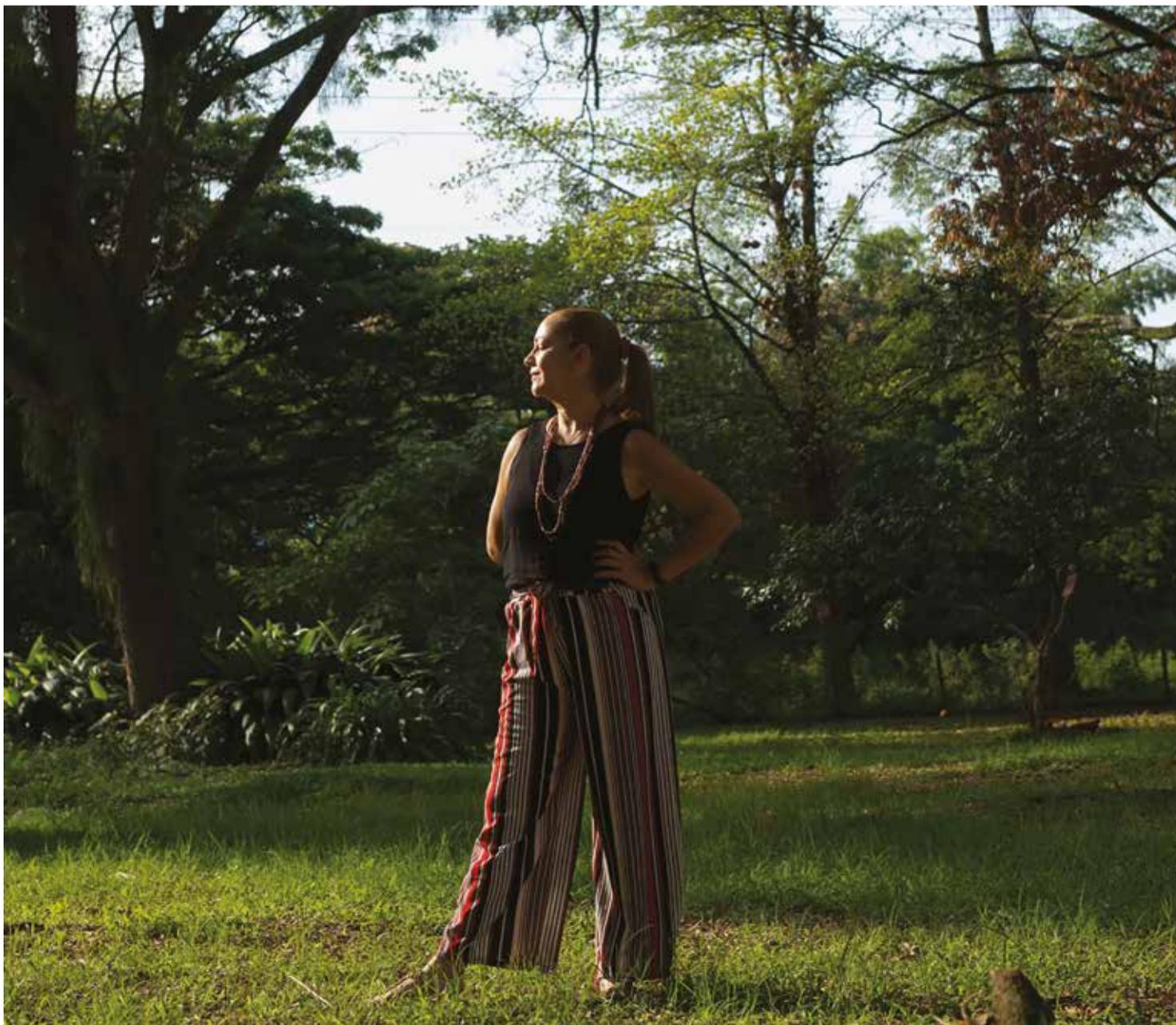
Con su trabajo ha traspasado fronteras. Porque más allá de sus clases, de impartir indicaciones sobre un determinado movimiento, ella se ha encargado de coordinar y dirigir los montajes que la Compañía Colombiana de Ballet ha representado, tales como *Las cuatro estaciones*, *La consagración de la primavera* y *Don Quijote* (ella misma lideró la gira que la compañía realizó en 2019 por 28 ciudades de China), logros que han nacido del trabajo diario con sus estudiantes.

Fundado en 1978 por la bailarina colombiana Gloria Castro, el Instituto Colombiano de Ballet Clásico (Incolballet) es la única institución del país que imparte la danza clásica como profesión. Sus egresados obtienen a los 18 años dos títulos: el de bachiller y el de bailarín profesional (en ballet o danza folclórica), y de ahí en adelante pueden audicionar en una compañía inter-

nacional o realizar una especialización en cualquier universidad. Hoy son tan valorados que muy pocos permanecen en Colombia.

“Aquí había mucho talento, pero faltaba el impulso, demostrarles a ellos mismos de lo que eran capaces de hacer”, reconoce Cala, quien a pesar de estos 20 años en tierras vallecaucanas, afirma que es su trabajo la fuerza que la mantiene lejos de casa. Cada vez que viaja a la isla de vacaciones, su escuela está presente en sus pensamientos.

“La tierra te jala muchísimo”, asegura. Su sonrisa también se amplía cuando imagina el día en que tome el avión de vuelta, una vez que haya completado su trabajo en Colombia: “Quiero oler más el mar, sentarme en mi casa, oír la gritería de los cubanos, comerme el pastelito de guayaba...”. ◀







Asa Hermanson, cantante soprano y artista sueca ▶

Las banderas de la conciencia

Además de su labor musical, esta mujer dedica su tiempo a varios proyectos sociales en zonas alejadas de Colombia y a elaborar piezas escultóricas que buscan generar reflexión en la sociedad.

1 La historia de Asa dice que es una mujer multifacética. Su lado más notorio, el de cantante, comenzó en la lejana Suecia, en Escandinavia, cuando tenía dos años y estudiaba en una academia de música. Hoy, esa misma pasión la ha llevado a construir, a resistir y a cambiar el mundo, una nota a la vez. Desde hace cuatro años forma parte del Coro de la Ópera de Colombia, que, de hecho, nunca había estado tan cerca de la idiosincrasia colombiana como ahora, cuando un grupo de talentosos músicos y cantantes

han decidido ponerles el toque local a las historias que durante muchos años el público ha ovacionado de pie en los grandes teatros del mundo.

Asa Hermanson recuerda su primera producción local: *Macbeth*, pero lejos del hombre que Shakespeare ideó para darle vida a la tragedia, el protagonista de esta puesta en escena era un lóbrego político colombiano, con un pueblo al que le dolía “lo mismo que a nosotros”, dice. Una apuesta arriesgada por crear

conciencia y combatir, desde el arte, la podredumbre. Y desde esa tribuna también les ha cantado a los problemas del país, a las víctimas, al proceso de reconciliación, a la vida. “Lo que podemos hacer con el arte y con la música es llegar a corazones, y desde allí inspirar, motivar y consolar”, explica.

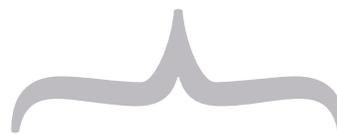
Quizás esa motivación —además de la música— es la que hace nacer otra faceta de esta sueca. Su otra historia, la del compromiso social en Colombia, co-



menzó hace nueve años cuando aterrizó aquí, y ha incluido un trabajo con una organización sueca de derechos humanos desde la cual, durante dos años, estuvo en terreno en Silvia (Cauca) y Quibdó (Chocó), documentando y dándoles visibilidad internacional a líderes sociales de esos territorios. Bajo esta misma pauta, también se destaca su trabajo con una organización de vendedores informales.

Tanta información y actividad con el otro, con el contacto real de la sociedad, ha hecho que se exprese otro mundo en Asa. Un universo más íntimo y artístico. Tras su grado como platera de la Escuela de Artes y Oficios de la Universidad Nacional, el uso del arte plástico en ella es como una fuente de inspiración, esperanza y belleza para las personas.

Ella, en su taller y enfundada en un overol, crea esculturas que aluden a las sensibilidades, para desde allí también hacer conciencia y reflexión. En medio de todas estas actividades, esta mujer intentó volver a Suecia en 2017 y a las pocas semanas supo que su experimento iba a fallar y que debía volver: “Me hacían falta el caos, el Coro de la Ópera, la música. Esta ciudad en la que hay música por donde tú camines, en el taxi, en la buseta... Me hacía falta la intensidad. Aquí me siento en casa”.◀



**ELLA FORMA PARTE DEL CORO DE
LA ÓPERA DE COLOMBIA, QUE,
DE HECHO, NUNCA HABÍA ESTADO
TAN CERCA DE LA IDIOSINCRASIA
COLOMBIANA.**





◀ *Umberto Giangrandi, artista italiano*

El padre del grabado

Giangrandi pasó 18 días a bordo de una flota italiana que desembarcó en Cartagena el 4 de enero de 1966. Llegó de 22 años, un migrante que venía a trabajar como publicista, y traía con él el primer heliógrafo que llegó al país. Seis meses después, el maestro en artes ya comenzaba su camino como profesor de la Escuela de Artes de la Universidad Nacional (1967), en la que montó los talleres de grabado y gráfica. En 1968 se vinculó también a la Universidad de Los Andes, donde fundó la primera carrera de grabado

de Colombia, y luego sumó a su lista de clases a la Jorge Tadeo Lozano.

En 2001 se puso al frente del proyecto que llevó a la excelencia a la Academia Superior de Artes de Bogotá. Desde su llegada ha trabajado también en el Taller Giangrandi, un espacio para hacer grabado en metal, fotograbado, serigrafía, xilografía y gráfica experimental. Es considerado el padre del grabado en el país. “Yo me siento muy colombiano. He vivido acá 54 años, en Italia viví 22. Este es mi mundo, mi gente”, afirma. ◀

Karen Attman, guía especializada ▶

La embajadora del café

aNo es raro ver a Karen en alguno de los cafés en la zona G o en el barrio de Quinta Camacho, en el norte de Bogotá, hablando a turistas o curiosos de su pasión: el café colombiano. Ella estudió en la Universidad de La Sabana en Bogotá todos los secretos del grano y lleva muchos años en el país sumergida en temas gastronómicos y de la cultura del café, que es “uno de los puntos más altos que tiene Colombia para mostrar al mundo”, dice.

En su trabajo de guía cafetera, en el que incluso la lleva a hacer recorridos por fincas cafeteras, Karen explica so-

bre los distintos cafés especiales, los tipos de preparación y las formas de tomar esta bebida caliente. Gracias a su experiencia y la forma de comunicar este tema, Karen se ha ganado el apodo en el gremio de “The Coffee Lady”. Con estas credenciales, esta embajadora promueve un aprendizaje para extranjeros —en su mayoría viajan desde su tierra natal, Estados Unidos—, que desean aprender de este mundo cafetero y que tiene muchos matices.

Esas diferentes realidades son las que quedaron plasmadas en su libro, aplaudido por la crítica gastronómica:

Permission to Slurp: The Insider's Guide to Tasting Specialty Coffee in Colombia, en el que resume el prestigio y el sabor de los cafés colombianos, es también la antesala para sus talleres sobre esta bebida que comparte con su esposo, un chef colombiano que la acompaña en todas sus aventuras.

La versatilidad de Karen, incluidos sus viajes guiados para turistas, también se expresa por medio de su blog *Flavors of Bogotá*, donde en más de una década ha escrito reseñas gastronómicas para los curiosos de habla inglesa que visitan estas tierras. ◀





◀ *Sergei Sichkov, pianista ruso*

Música colombiana al compás ruso

El moscovita llegó a Colombia en 1998 buscando quedarse por un año, aprender español, viajar y conseguir algún trabajo como músico, pero terminó quedándose veintidós años. Antes, su historia musical es extensa y comienza desde muy pequeño. Sergei empezó su formación como pianista a los cinco años y a los veinticinco recibió el título como doctor de uno de los institutos más prestigiosos del mundo: Conservatorio Tchaikovsky de Moscú, con una investigación sobre las interpretaciones para piano de Sergei Rachmaninov. Se graduó con honores.

Desde su arribo a Colombia ha tocado en más de cincuenta ciudades y una decena de países, ha grabado en solitario y con orquesta, ha interpretado música para películas y ha tocado en ferias. En estos años ha recorrido Colombia, llevando el formato sinfónico a todos los públicos, incluidos algunos que jamás habían escuchado música clásica.

De esa experiencia, y de definirse “como un colombiano más”, Sergei Sichkov ha encontrado en la música la conexión de sus dos mundos: da vida a las teclas de un piano con las piezas inmaculadas de sus connacionales Tchaikovsky y Rachmaninov, y al mismo tiempo interpreta los cuatro *intermezzos* de Luis A. Calvo, que a su juicio son una obra insignia colombiana para piano.

Esta conexión y la curiosidad del pianista ruso hizo que viajara a Agua de Dios, la ciudad natal del compositor colombiano. Allí tocó el piano y revisó sus escritos y partituras. Esta investigación cambió su percepción musical a la hora de tocar: “el conocimiento de la vida de este músico y de su obra es muy valioso”, cuenta.

Todo este bagaje es lo que Sergei transmite en universidades como La Nacional, los Andes, El Bosque y la

Javeriana —en esta última dirige la cátedra de piano de la Facultad de Artes—, y se convirtió en el pianista principal de la Orquesta Sinfónica Nacional de Colombia, cargo que ocupó por dieciséis años, hasta 2019; y ahora de la Filarmónica de Bogotá, tras ganarse un concurso el año pasado.

Gracias a su enseñanza, decenas de músicos y pianistas colombianos han seguido su ejemplo en el extranjero: hacen posgrados o trabajan en diferentes conservatorios. Dice que el talento local es de muy alto nivel y que hay profesores excepcionales en el ámbito universitario, aunque todavía hay que fortalecer la formación musical en las primeras etapas.

“Estoy muy contento de transmitir estos conocimientos que recibí en el Conservatorio de Moscú y estoy muy feliz de transmitir esto a mis estudiantes acá en Colombia”, concluye. ◀



Nubia Navarro, ilustradora venezolana

Los trazos de una artista

Nubia Navarro, más conocida como “Nubikini”, está sumergida en el arte. Después de haber dejado la playa, el trópico y el calor de Cabimas (Venezuela), en el año 2015 llegó a Bogotá (ciudad que le genera gracia por sus altibajos climáticos) y trabaja en lo que más le gusta: la disciplina de la caligrafía y el *lettering*. La ciudad fue amable con su arte. Esta reconocida ilustradora, que educa a muchos aficionados y aspirantes en su disciplina a través de cursos *online*, se caracteriza porque en muchos espacios culturales del mundo su obra hace parte del portafolio de artistas colombianos en el exterior.

“Apenas llegué me sentí en una superciudad donde la publicidad y el contenido estaban evidentemente mucho más marcados que de donde vengo”, afirma Nubia mientras recuerda sus primeros pasos lejos de ese lugar que fue su hogar hasta el final de su carrera universitaria. ◀



Nicolò Filippo Rosso, fotógrafo italiano

La mirada de un caminante

Nicolò se olvidó de sus estudios de literatura y se hizo fotoperiodista en Colombia, en una visita al Putumayo en la que encontró “su proyecto”, como él mismo recuerda. Fotografizó la intimidad de las tribus indígenas. Eso fue en 2011. Pero tuvo que volver a Italia para buscar recursos y poder dedicarse del todo a mostrarle al mundo un lado íntimo de este país. En 2014 regresó, esta vez para no irse, vivió dos años en el Putumayo, entre ceremonias de yagé, la mística de las plantas medicinales y la espiritualidad.

También ha documentado el drama humano y la tragedia de los indígenas wayús en La Guajira. Esas fotos tienen la magia de la soledad y la tristeza. Más recientemente, la migración de venezolanos. Con sus fotos, ha ayudado a visibilizar importantes realidades sociales del país, y lo seguirá haciendo, mientras viaja por el país con un libro, una cámara digital y una *rangefinder* analógica. ◀

The background features several line-art portraits of diverse individuals, including a woman with long hair, a man with a beard and cap, a man with glasses, a man with a beard, a woman with short hair, and a man with a beard. The portraits are rendered in a simple, sketchy style.

Un aporte al conocimiento

Cómo unos migrantes comparten
su intelectualidad para educar y construir país.

TS



TransMilenio

FVL-201
BOGOTÁ D.C.

Tran

Mari Asano, gestora japonesa ►

La diversidad que une culturas

Esta joven asiática llegó a Colombia por amor, y aquí encontró la proyección profesional que necesitaba y la oportunidad de dar a conocer su país natal.



V

Viajar más de 14.000 kilómetros durante casi 24 horas le trajo más cosas buenas que malas a Mari Asano.

Es cierto que al principio le costó trabajo integrarse porque no hablaba español (solo balbuceaba lo básico) y le causa tristeza que por seguridad ya no puede moverse libremente por donde quiere y a la hora que quiere. Eso es cierto, pero hoy agradece haberse lanzado a dejar Japón para probar suerte por un tiempo en Colombia, “un país que está tan lejos”, porque aquí aprendió a dedicarles tiempo a la familia y a los amigos sin sentirse culpable. Además, aquí consiguió “un sano balance entre el trabajo y la vida” y gracias a eso se siente mejor.

“En Colombia he aprendido muchas cosas, pero sobre todo la importancia de dedicar tiempo a divertirme, a estar con las personas que quiero. En Japón trabajamos mucho y priorizamos el trabajo antes que la familia o los amigos; no es algo que haga todo el mundo pero sí la mayoría, es una cuestión cultural. Aquí he aprendido que es muy importante tener tiempo con mi compañero, con la familia, con los amigos. Aprendí que descansar y relajarme es importante, y si un día no hago nada no debo sentirme culpable”.

Mari Asano tiene 32 años. Nació en Tokio. Es una mujer tímida, de voz suave y dulce. Es una mujer paciente. Sonriente. Hoy, después de dos años de haber aterrizado en Colombia, país al que llegó por amor, se siente acogida y cómoda, habla muy bien español —aunque todavía le cuesta un poco escoger el tiempo verbal adecuado en las frases—, tiene buenos amigos y proyectos interesantes para crecer profesionalmente. Mari es la gestora de proyectos del Centro del Japón de la Universidad de los Andes desde junio del 2019. No fue fácil, pero no se arrepiente.

“En Colombia también aprendí a tener confianza en mí. A convencerme de que puedo hacer las cosas, solucionar problemas. Desde que estoy en Colombia me siento más fuerte”, cuenta.

Mari estudió Ciencia Política en Tokio y luego hizo una maestría en Política Pública enfocada en Ciencia y Tecnología en la Universidad de Sussex (Inglaterra), entre 2016 y 2017. Quería investigar sobre las formas en que la tecnología puede ayudar al desarrollo sostenible y cómo lograr eso creando un puente entre el sector público y el privado.

Fue en Inglaterra donde conoció a un bogotano que hoy es su pareja.



Al llegar a Colombia duró casi un año aprendiendo español y buscando trabajo, hasta que la *startup* Hogaru —que busca la formalización y dignificación del trabajo de las empleadas domésticas en Colombia— la contrató como directora de mercadeo.

Antes de aterrizar aquí no sabía prácticamente nada del país. Solo había tenido un acercamiento superficial con América Latina gracias a un viaje que hizo en el 2016 a Cuba, Chile

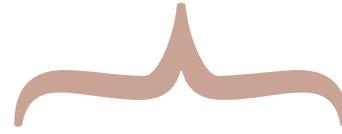


“CUANDO LLEGUÉ, NO ENTENDÍA POR QUÉ MI NOVIO INVITABA A UNOS AMIGOS A CASA ESE MISMO DÍA. YA ME ACOSTUMBRÉ, PERO EN ESE SENTIDO SOMOS CULTURAS MUY DISTINTAS”.

y Bolivia, en el que descubrió que en este lado del mundo las personas son mucho más extrovertidas y que “todo es más colorido”. Y en el que se enamoró de la idea de caminar por la calle y encontrar a personas de distintas razas que hablan un mismo idioma.

“La diversidad de culturas de Latinoamérica me fascina. En Japón solo ves a personas así, como yo (señala su cara y sus ojos rasgados mientras habla), con este color de piel. Pero acá conviven personas de muchas culturas distintas y todas hablan español. Eso me gusta mucho. Además, el japonés es un idioma que solo se habla en Japón, mientras que al hablar español puedo comunicarme con casi 400 millones de personas en varios países de América Latina, el Caribe y hasta España, en Europa”.

Mari es generosa con el conocimiento. Su trabajo en la Universidad de los Andes es organizar y coordinar todos los eventos del Centro del Japón pero, cuando le queda algo de tiempo, de manera voluntaria les ayuda a algunos estudiantes que aprenden japonés, comienza más temprano la jornada, se toma un café con ellos, los escucha y les ayuda a mejorar su pronunciación, a ampliar su vocabulario,



a preparar sus exámenes. “Me gusta ayudar a las personas, a las que tienen motivación por aprender cosas nuevas; así que si puedo hacerlo, lo hago”, afirma.

Esta joven que forma parte de los casi 2.800 japoneses que se calcula viven en Colombia no se siente migrante, “no en esta época de globalización” en la que, gracias a la tecnología, puede ver y escuchar cuando quiera a sus familiares y amigos al otro lado de varios océanos. “Respeto mucho a las personas que decidieron migrar hace décadas, cuando no teníamos internet ni todas las herramientas que tenemos hoy. Comunicarme con la gente en Japón es muy sencillo y puedo saber qué pasa allá en el momento que quiera; por eso no me siento lejos. Sí, es verdad que en avión estamos separados como por 23 horas, pero gracias a la tecnología me siento cerca”.

El hogar actual de Mari Asano está en Colombia, no sabe por cuánto tiempo. Lo único claro ahora es que su ho-

gar está acá, porque acá está su vida y están sus afectos. “Estoy disfrutando mucho este momento. Si algún día regreso a Japón, perfecto, pero eso ahora no puedo saberlo”.

La otra cosa que está clara es que no va a cambiar su costumbre de planear las cosas con suficiente tiempo de anticipación. “Al principio eso fue difícil, pero hoy me parece chistoso. Los japoneses planeamos lo que queremos

hacer dos o tres semanas antes y los colombianos son muy distintos. Cuando llegué yo no entendía por qué mi novio invitaba a unos amigos a casa ese mismo día. Ya me acostumbré, pero en ese sentido somos culturas muy distintas”. Ahora, Mari solo planea con tanto tiempo de anticipación cuando se trata de una actividad con japoneses. “Si es con colombianos, soy como ellos”, dice mientras se ríe tímidamente. ◀

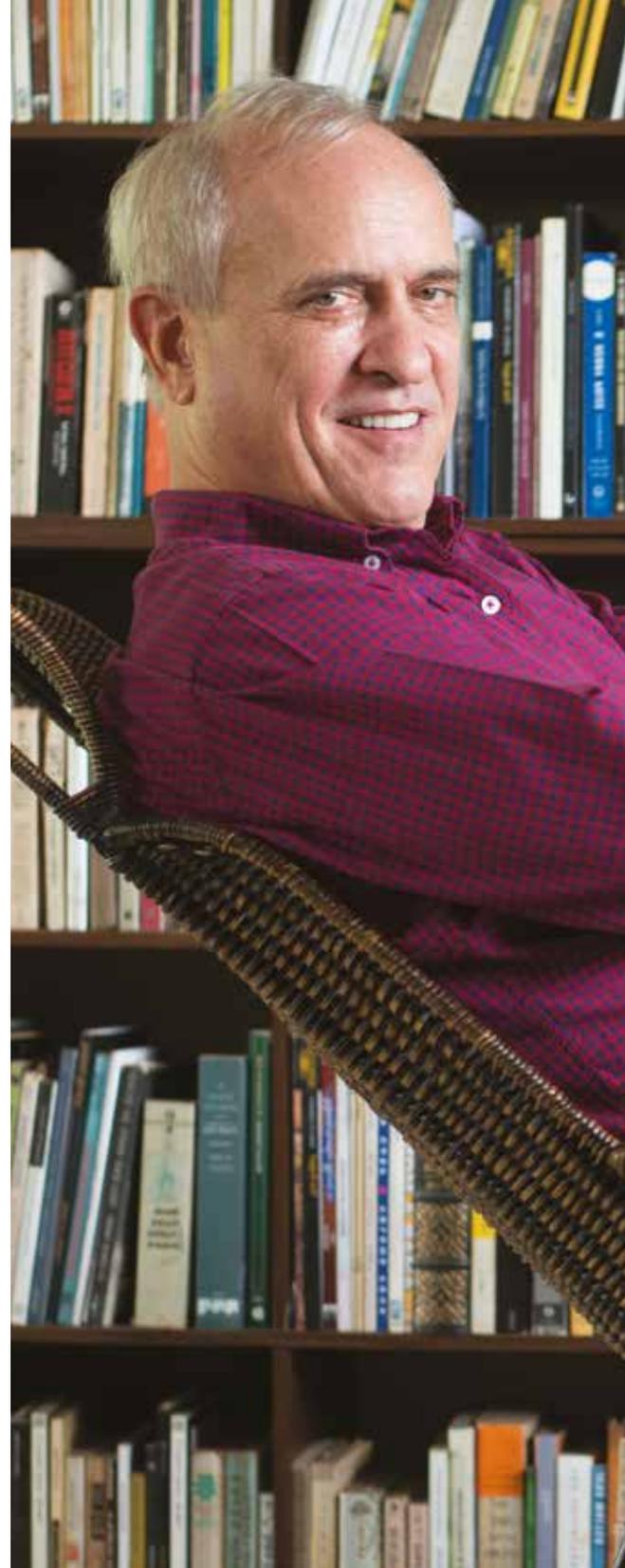
LA DIVERSIDAD DE CULTURAS DE LATINOAMÉRICA ME FASCINA. EN JAPÓN SOLO VES A PERSONAS ASÍ, COMO YO, CON ESTE COLOR DE PIEL. PERO ACÁ CONVIVEN PERSONAS DE MUCHAS CULTURAS DISTINTAS Y TODAS HABLAN ESPAÑOL. ESO ME GUSTA.



Tim Keppel, escritor estadounidense ►

Letras inglesas en el Valle

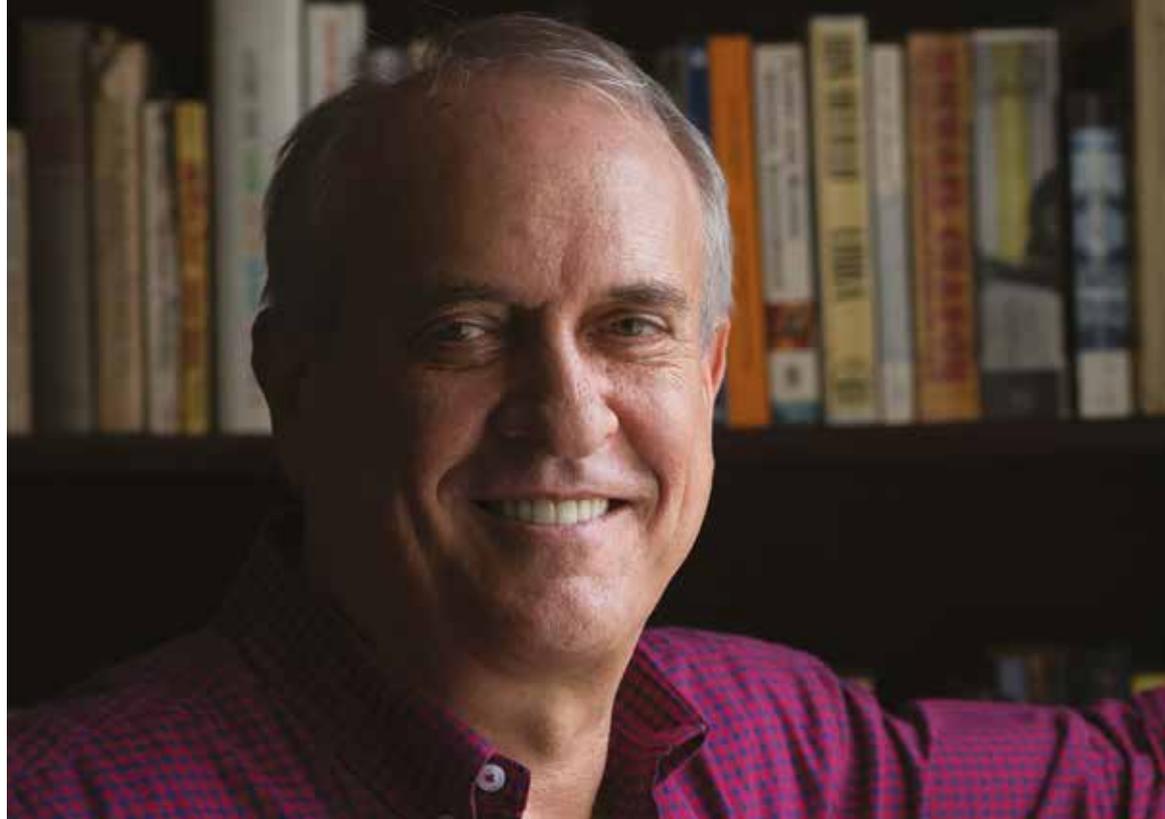
Por diez años, Tim Keppel viajó de un lugar a otro buscando su propio hogar. Al final llegó a Cali, la ciudad donde ha construido un hogar, ha escrito su obra y ha enseñado literatura a los estudiantes de lenguas.





1 La caligrafía de Tim Keppel está llena de rastros. Las líneas inclinadas a la derecha y los círculos chatos solo pueden leerse, además, como un mapa de los lugares donde buscó eso que se llama vida: la pe mayúscula ancha recuerda a la Carolina del Norte donde creció, las horas ante un tablero de baloncesto intentando imitar a "Pistol Pete", su héroe de infancia; esa ce inclinada, con un pequeño gancho superior, habla sobre sus años californianos estudiando escritura creativa y cómo surgieron sus primeros cuentos; la ele en forma de bucle se asemeja a los rascacielos de Nueva York, por los que se movió con presteza en ese tiempo en que manejó taxi; la ge con una abertura narra su travesía en Filadelfia, cuando fue uno de los pocos trabajadores en una prisión estatal; o la ese recostada a la izquierda, que recuerda el periplo en la Nicaragua en tiempos de los sandinistas, yendo entre pueblos y zonas asediadas relatándole al mundo aquel capítulo de la historia de Centroamérica.

Las letras lo han llevado de un lugar a otro, de una vida a otra. "Como mis escritores favoritos, no quería encerrarme en la academia, quería vivir. Por eso salí, y por diez años trabajé en un lugar y otro", cuenta Keppel, escritor, doctor en literatura, profesor,



aventurero. Nunca ha dudado en dar el siguiente paso, ni siquiera como sucedió, a principios de los años noventa, cuando encontró una invitación en una revista para académicos. "Decía: 'Trabaja en Cali, pagamos el vuelo...'. Eso fue muy importante", recuerda hoy, con una carcajada.

De esa aventura suman ya 25 años y una obra que se condensa en al menos 43 cuentos y tres libros publicados en Colombia. Los días han transcurrido entre sus historias y las de sus estudiantes en la Universidad del Valle, donde enseña literatura

en inglés a quienes buscan licenciarse en lenguas. Allí, partiendo de los autores clásicos que ha releído y de los contemporáneos que ha imitado, no solo habla sobre los componentes de cada obra y la esencia de los personajes, sino también los motiva a escribir primeros relatos sobre un personaje que conocen muy bien: ellos mismos.

Por sus manos han pasado ensayos personales de sus estudiantes que hablan sobre la soledad, los desórdenes alimenticios, la violencia intrafamiliar, la violencia urbana y muchos otros



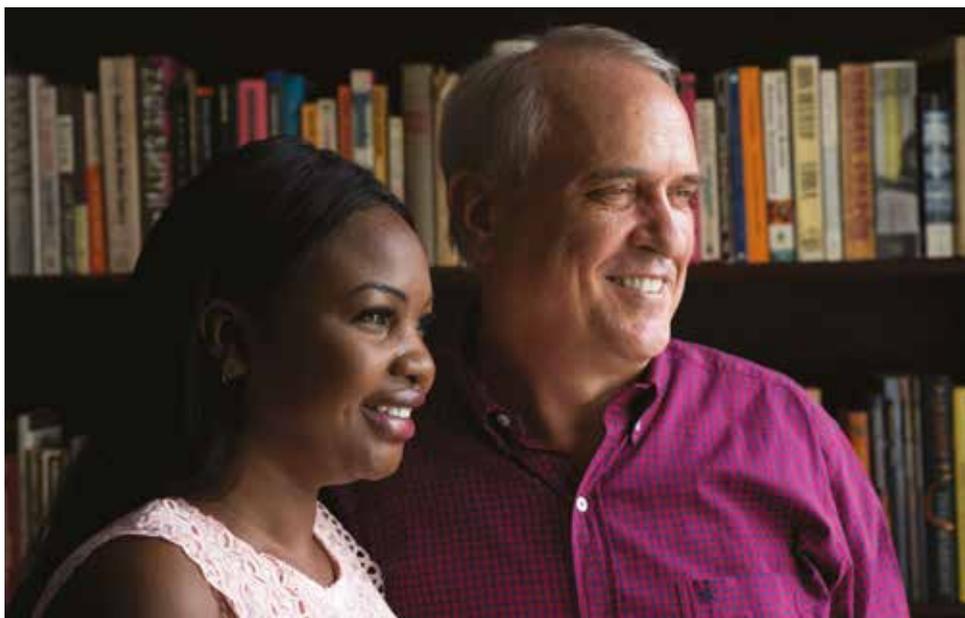
obstáculos. Este ejercicio académico pretende que ellos encuentren las claves de su identidad, las bases de sus relaciones con los demás, y que puedan seguir su camino en la academia y la enseñanza de colegio.

Y a fin de cuentas son las mismas claves que soportan su obra. En 2006 la editorial Alfaguara publicó *Alerta de terremoto*, su primer libro de cuentos, al que le han seguido las antologías *Cuestión de familia* y *¿A dónde vas?* (finalista en 2016 del Premio Biblioteca Narrativa Colombiana, que entrega la Universidad Eafit). “Escribo sobre las etapas de la vida. Porque,

¿de qué trata la literatura? De la vida y sus complicaciones”, explica.

Cada cuento es un universo en sí mismo. Surge con una idea y una sucesión de notas sobre la historia y el personaje antes de que él, cansado de tanto desorden conceptual, se siente a escribir. El texto final, que escribe en inglés, es enviado a Israel y Argentina, donde dos discípulos lo traducen al español, y de nuevo en su apartamento, en Cali, Keppel se sienta a componer la mejor versión posible. Un proceso que fácilmente puede tomar hasta tres meses.

Tim Keppel, el estadounidense que escribe cuentos sobre las etapas claves de la vida, esas en las que un personaje debe tomar decisiones difíciles para afrontar cambios, escribe en las tardes, de dos a seis. Vive en un apartamento espacioso, rodeado de verde, acompañado de su pareja Yajaira Palacios y con una biblioteca poblada por Faulkner, Fitzgerald, Hemingway, entre otros. Vive, enseña y escribe en Cali, el lugar en el que hoy, ya en la última parte de su vida académica, ha aprendido a llamar hogar: “Cuando llegué, tenía 40 años, y era el momento de tener algo un poco más estable. Llega en la vida el momento en que uno necesita echar raíces”. ◀



Malcolm Deas, académico inglés ►

La pasión por la historia

Debido a un interés particular por estudiar la historia del siglo XIX de Colombia, en 1963 llegó por primera vez al país —y nunca pudo irse del todo— el académico inglés Malcolm Deas. Desde el primer momento lo cautivó “el orden dentro del desorden”, como llama a ciertos lineamientos de la vida política nacional, al igual que los episodios de la llamada “violencia”, parte fundamental de sus investigaciones que deja como legado.

A sus 79 años, este profesor fue miembro fundador del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Oxford y ha escrito varios libros sobre política, historia y literatura colombiana, como *Del poder de la gramática* (1993) y *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia* (1995).

Desde la docencia y la investigación, una de las características más importantes ha sido su tenacidad para educar a historiadores colombianos —dice que en la década de los sesenta no había cinco o seis académicos que investigaran la realidad del país y muchos menos extranjeros—, los cuales en el transcurrir del tiempo han aprendido en viajes de estudio al exterior diferentes técnicas de investigación para abordar, desde el pensamiento, las complejidades del pasado en el país.

Y este crecimiento de los llamados “colombianólogos” es un aporte académico para analizar la realidad del país desde diferentes modelos, aunque existe, según él, una necesidad palpable de seguir expandiendo las posibilidades de estudio: “La historia política del último siglo ha sido poco trabajada”, dice. ◀





Fernanda Trías, escritora uruguaya ▶

La libertad de una viajera

El viaje no debía durar más de dos meses. Participaría en la Feria del Libro de Bogotá, asistiría al lanzamiento de uno de sus libros en Colombia (La Azotea), recorrería parte del país como turista, acumularía unas cuantas fotos en los atractivos más típicos y abordaría un avión de regreso.

Fernanda Trías, nacida en Montevideo (1976), aterrizó en Bogotá el 19 de marzo del 2015. Es febrero del 2020 y aquí sigue. “Ser nómada no ha sido una decisión consciente. Es más bien vivir fluyendo, permitiendo que sea la vida la que se interponga en las decisiones y no las decisiones las que se interpongan en la vida”, dice la Fernanda del 2020, con una nueva versión de la vida.

Escritora, traductora certificada, docente. Migrante. Viajera desde siempre. Cuando aterrizó en el 2015 venía de Nueva York. Ya había pasado unos meses en Chile, pero no era su sitio. Había vivido en París, en Berlín, en Buenos Aires.

Bogotá (y Colombia) le ofreció oportunidades laborales muy interesantes, la sedujeron la cultura y una ciudad dinámica y llena de contrastes, así como “el vínculo que la gente tiene con la música, con el baile, con los sentidos, con el cuerpo”. Aquí encontró una tierra muy fértil y se convenció por fin de que sus raíces son latinoamericanas. “Tuve un gran recibimiento, la gente fue muy cálida y abierta, enseguida me integra-

ron y eso hizo una diferencia enorme. En Francia viví cinco años y nunca logré entrar realmente a la casa de los franceses. Y mientras uno no se integra con la gente es un extranjero”.

Hoy, esta mujer tímida, con una posición muy clara y fuerte ante la vida, es escritora en residencia de la Universidad de los Andes y allí dicta clase. En Colombia (donde se consiguen sus novelas *La azotea* y *La ciudad invencible* y el libro de cuentos *No soñarás flores*) ha dirigido el Taller Distrital de Cuento en Bogotá, ha sido profesora en las universidades Nacional y la Tadeo Lozano, ha dictado talleres de escritura creativa en distintos municipios y ha sido jurado de varios premios de literatura. ◀





◀ *Joe Broderick, docente irlandés*

El Ulises del barrio

e

En las librerías de Bogotá saben que hay un momento del año en que llegan varias personas a comprar un libro voluminoso, que puede tener entre 832 y 1.104 páginas, según la edición en español que elijan.

Es uno de los grandes clásicos de la literatura universal, pero para muchos resulta imposible de leer, confuso, aburrido. “Es porque no lo han leído conmigo. Conmigo se divierten, lo leemos juntos en voz alta, yo actúo, les doy claves para entenderlo”, asegura Joe Broderick, el profesor detrás del curso de lectura del libro clásico de la literatura *Ulises* de James Joyce (1882-1941).

Broderick es experto en la obra de los escritores irlandeses Joyce y Samuel Beckett (1906—1989). Su relación con ambos autores es tan cercana que incluso hoy conversa con Beckett desde su apartamento en el barrio La Macarena, en el centro de la ciudad.

“Él es mi otro gran amor. Es mi santo. Yo le cuento de lo que estoy haciendo y él me anima, es muy crítico de lo que hago pero somos buenos amigos”, dice entre risas.

Su nombre completo es Walter Joseph Broderick y nació en Melbourne (Australia) en 1935, pero su familia es irlandesa y ha vivido y trabajado durante casi 45 años en Colombia. ¿Cómo es ser un hombre con tres nacionalidades? “Mi familia es irlandesa, pero nací y me crié en Australia y es en Colombia donde he pasado la mayor parte de mi vida. No he dejado de ser irlandés, pero me siento colombiano y no me gustaría vivir en otra parte”, responde seguro. Aquí se casó, aquí tiene dos hijos (Wally y Daniel) y cuatro nietos.

La verdad es que en sus días normales es un ciudadano común en el barrio La Macarena, donde los vecinos lo saludan y conocen. Él ha llamado a su

vecindad “la colina de la deshonra”, por los contrastes socioeconómicos que existen en el lugar. Y es aquí donde ha mostrado todas sus facetas: escritor, dibujante, actor, traductor. Sacerdote. Aventurero. Broderick ha sido todo eso. En 1969, cuando se preguntó por su verdadera misión en la vida y supo que debía buscar un camino distinto al del sacerdocio, se vino por tierra desde Perú hasta Colombia, donde se hizo famoso por escribir las biografías de Camilo Torres (*Camilo, el cura guerrillero*) y de Manuel “El Cura” Pérez (*El guerrillero invisible*).

A sus 85 años, este irlandés de ojos color azul intenso que ama la vida tanto como los cerros orientales que rodean a la capital colombiana, sigue muy activo. “Todavía actúo, todavía estoy escribiendo”, afirma. Hace poco terminó el guion de una película. Y sigue dictando ese curso que lo hace famoso en las librerías bogotanas, el de *Ulises*.◀



Yamila Fakhouri, escritora española

La voz de los animales

Linda Guacharaca es la perra criolla más famosa de Colombia. Y su nombre no sería reconocido si no fuera por su mamá, Yamila Fakhouri, quien la recogió en malas condiciones en una gasolinera Texaco camino a los Llanos Orientales, hace ya varios años. Esta doctora en Derecho Penal tiene un corazón de oro. Recién llegada, hizo contacto con un animal indefenso y desde ese momento su vida cambió. “Empecé a escribir un blog porque quería congelar esa historia... pues también quería que mi familia en España pudiera seguir los pasos que hacía”, dice esta madrileña de origen palestino.

Después, ese blog se comenzó a hacer tan conocido que le interesó a la prensa local. Yamila ha salido en los periódicos *El Tiempo* y *El Espectador*, en programas de televisión de máxima audiencia con su historia y, a raíz de aquello, surgió la idea de escribir varios libros. Como el narrador es la voz de Linda, que ladra por todos los animales del planeta, a las grandes editoriales no les llamó la atención. Así que de manera independiente y con ayuda de sus fans en redes sociales —hizo una colecta abierta—, ya ha publicado tres libros “bestsellers”. Incluso ya tiene un *stand* fijo en las últimas ediciones de la Feria Internacional del Libro de Bogotá. Hoy, sus escritos son lectura obligatoria en decenas de colegios en todo el país, donde los niños aprenden de la importancia de amar y cuidar a los seres de cuatro patas. ◀



Julian Toth, académico suizo

Un acento alemán

Julian Roth pisó por primera vez suelo colombiano en 2005. Fue en Leticia y se internó en la selva, en uno de aquellos viajes que solía darse cuando ahorraba lo suficiente para salir de su Suiza natal. Así se enamoró de un país que ha aprendido a hacer suyo y por eso vio que a través de la enseñanza de otros idiomas, como el alemán, podía establecerse y enseñar por medio del intercambio cultural.

Hoy, es el director general de Treffpunkt, el Centro Intercultural Colombo Suizo Alemán, que fundó con dos amigos en el corazón del barrio Chapinero Alto de Bogotá, donde todos los días preparan a decenas de colombianos que quieren estudiar o encontrar una oportunidad laboral en Europa, y también a los extranjeros interesados en hablar español. “El aprendizaje de un idioma va más allá de un proceso mecánico, significa una experiencia en toda su expresión”, explica este suizo, especialista en estudios interculturales. ◀



Este libro se terminó de imprimir en Bogotá en abril de 2020,
en los talleres de La Imprenta Editores S.A.

Migrante

No existe en el mundo un país desarrollado que no tenga una historia migratoria robusta. Los migrantes forman las grandes naciones. A veces la gente pierde la visión de este enfoque, y no alcanza a observar que un grupo importante de personas pueda aportar nuevas formas de trabajo, de cultura, de gastronomía y de globalización.

Hay una relación duradera en que el extranjero es tratado como una persona que intercambia sus saberes y aporta al crecimiento del país. Un intercambio que alberga un valor que se debe cuidar en el tiempo para crecer.

Este libro quiere mostrar, con todas sus letras, que la migración es de diferentes partes y de muchas banderas. Y que cada uno a su manera, aporta al país y hace que esté en constante avance.

